

EL OCCIDENTE.

DIARIO POLITICO.

EN MADRID.

EN PROVINCIAS.

Viernes 19 de junio de 1857.

EDICION DE LA MAÑANA.

AÑO III.—NUM. 757.

MADRID 19 DE JUNIO.

Segun indicamos en nuestro número de ayer, las desavenencias entre España y Méjico, lejos de acercarse á una solucion honrosa para nuestro pais, parece que van tontando de día en día, un carácter mas siniestro y tal vez mas depresivo de nuestra dignidad nacional. Espresamos esta última idea como una hipótesis que tiene grandes probabilidades de convertirse en breve, en una realidad tristísima. El gobierno mejicano dando una prueba mas de esa fe púnica que viene constituyendo el rasgo característico de su política con relacion á nuestra patria, fortifica la playa de Macambo en el litoral de Veracruz; es decir en el punto que á no tener un éxito satisfactorio las negociaciones pendientes, sería el primer blanco de nuestros justos ataques. ¿Qué significación en buena lógica y examinadas á la luz de un criterio imparcial, estas determinaciones de hostilidad preventiva? ¿Es que la república mejicana se halla amenazada por otras naciones y quiere robustecer los lados mas débiles ó mas vulnerables de su territorio? ¿Es que el genio de las conquistas ha brotado en América como brota en el Asia durante los siglos XIV y XV, y hace tomar por su existencia á los descendientes de Motecuma y de Guatimocin? Demasiado se sabe que ninguno de estos formidables peligros amenaza por ahora á Méjico; demasiado se sabe que Méjico no tiene en la actualidad mas enemigo que España, y que solo por España y contra España, deponen ese aparato belicoso. Si faltara alguna prueba de esta verdad, la hallaríamos en el hecho de haber conñado la direccion de aquellas obras, á españoles indignos de ese nombre, que por un puñado de vil oro, han aceptado la ignominia propia de los desertores.

Todo induce á presumir que el gobierno mejicano, procediendo con la doblez que le es tan peculiar, procura con subterfugios, ganar tiempo, armarse precipitadamente y sostener á fuerza abierta, los crímenes atroces cometidos en Cuernavaca. La dilacion en cumplir las prescripciones de la justicia, es ya una especie de triunfo que obtiene la injusticia; y si el gobierno de Méjico que empezó mostrarse tibio ó indiferente en la represion de aquellos delitos, mengua y baldon de un pais civilizado, acabará verosimilmente por arrojar la punta del velo que todavía cubre sus designios, y por mostrarse á cara descubierta, cómplice y fautor de tan inauditos atentados.

Las sospechas van adquiriendo la forma de importancia de certidumbre, cuando se para la atención en la conducta que observa el enviado de Méjico, señor Lafragua. Mas de un mes hace que está en Madrid cerca de nuestro gobierno, y sin embargo, hasta ahora no se ha visto que sus conferencias con el ministro de Estado hayan producido el menor resultado propicio. ¿Dónde encontrar la causa suficiente á explicar esa demora que compromete nuestros intereses, que pone en grave riesgo nuestra honra, que rebaja nuestra dignidad ante la consideración de la Europa? Se ha dicho que el señor Lafragua carecia de poderes y de instrucciones bastantes á satisfacer las fundadas exigencias del gobierno español, lo cual por lo menos, nos parece muy extraño, porque un diplomático á quien se confia una misión de índole delicada, y de cuyo tan perentoria, debe conocer por completo la esfera en que puede desenvolverse la cuestión; debe conocer el principio y el último límite de la voluntad de su gobierno. Así sucede siempre que la lealtad y la franqueza presiden á las negociaciones; el que espera el auxilio del tiempo, tiene contra si la presuncion de defender una mala causa. Se ha dicho tambien que el señor Lafragua está sufriendo una dolencia; nosotros, sin afirmarlo, no lo negaremos rotundamente. Pero no podría decirse, fundándose en apariencias muy admisibles, que el objeto del enviado mejicano es entibiar el ardor de nuestro gobierno, burlar su vigilancia y hacer ilusorias sus pretensiones? ¿No están ahí las últimas noticias de la Habana, que dan á la última suposición, una validez incontestable?

Nuestras opiniones en este punto son bien conocidas y terminantes. Sin rechazar en absoluto la idea de una solución pacífica y decorosa, hubiéramos deseado que antes de permitir la entrada en nuestro territorio al embajador mejicano, se hubiese establecido sólidamente la base de las negociaciones. Recordamos todavía con placer y con orgullo, la noble entereza y la energía casi sublime que desplegaron los monarcas católicos cuando se negaron á admitir á los enviados del Papa, y del rey de Francia, mientras no se estipulaba previamente el reconocimiento del derecho que alegaba España. Y lo que da mayor realce á estos rasgos de insigne fortaleza, es que aquellos príncipes, colocados sobre un trono vacilante, enuncian sus pretensiones ante un pontífice que se creía un revestido con la autoridad omnimoda de Gregorio VII, y ante otro monarca que pasaba, como el mas ambicioso y tenaz de su siglo. El éxito coronó sus gestiones, y aquel hecho fué como la piedra angular del gigantesco edificio político que después levantaron. ¿Por qué no se ha imitado esta conducta

dignísima en las circunstancias presentes? ¿Por qué no se priva á la maledicencia hasta del último pretexto para aseverar que el reinado de doña Isabel II es, bajo muchos conceptos, la antítesis del reinado de doña Isabel I?

Nosotros que anhelamos ver rodeado el trono de nuestra joven soberana con todo el esplendor posible; nosotros que quisiéramos ver colocada á nuestra nación en la altura á que parecen destinadas sus grandes elementos de fuerza y de prosperidad, condenamos abiertamente toda política débilmente contemporizadora ó meticolosa. No se trata, como era en la época de los monarcas católicos, de reclamar un derecho de regalía ó de demandar un giron de terreno; se trata de una cosa mucho mas grave é importante; de exigir una satisfacción cumplida por la sangre de nuestros hermanos villanamente derramada; de garantizar la seguridad de nuestros compatriotas; de afianzar intereses muy respetables; de abatir nuestra representación internacional, ó de elevarla al punto en que debe figurar.

Ahora calcule el gobierno la inmensa responsabilidad que puede contraer en esta cuestión. Si el ministerio, ó para producirnos con mas precisión, si el ministro de Estado continúa envolviendo en un misterio impenetrable las negociaciones pendientes; si da lugar con nuevas demoras á que Méjico organice sus recursos militares y haga mas difícil la reparación de los sangrientos ultrajes, la España en masa le pedirá severa cuenta de su conducta, porque en España el sentimiento de honor nacional se sobrepone á los sentimientos de todos los partidos, y la España ha probado en circunstancias solomnes, que para sus hijos solo es imposible soportar la deshonra.

Concluimos ayer nuestra reseña de la sesión celebrada el miércoles en el Senado, indicando que el discurso del señor don Martin de los Heros elevaria el debate sobre el proyecto de reforma á la altura que la importancia de la cuestión merece, y ciertamente no nos engañamos, pues la discusión fué ayer tan lata y tan cumplida, cual era de esperarse. Los discursos que se pronunciaron, elevados y llenos de erudición, resaltaron, no menos por las buenas formas que por el cuerpo de doctrina que contenían, correspondiendo á la reputación de los oradores y á la indisputable importancia y significación que envuelve el combatido proyecto de reforma.

Imposible es seguir al señor Heros en todos los detalles de su bien meditado discurso, pues fué relatando paso á paso la historia, para combatir plena é incontestablemente el punto principal de la reforma que se propone y el Senado discute.

Para fundar las razones por qué se opone á la reforma constitucional, en cuyo primer artículo se establece el principio hereditario, negó que la historia autorice esta conveniencia, y al efecto de convencer sobre su negativa, demostró que la nobleza no existió como clase en España hasta el año 1515, en que la instituyó el emperador Carlos V. Pero su señoría fué mas adelante, y esto se comprende por las doctrinas que siempre ha defendido el señor Heros; su señoría se empeñó en probar que ya que tanto se ha enaltecido el principio hereditario, el principio aristocrático, nunca en España ha sido la nobleza una clase cuya conducta, cuyos antecedentes, cuyos hechos la hagan ahora merecedora del privilegio y de la superioridad que se la quiere conceder.

A fin de salir airoso de su empeño, pasó revista de todas las ocasiones en que la nobleza ha intervenido en los negocios públicos del pais, desde los tiempos de la caída del imperio romano, hasta el año 54, al empujarse la guerra civil, y unas sobre otras fué acumulando consecuencias y conclusiones, segun las cuales, es evidente que la aristocracia no ha tenido derecho propio de representación nacional, ni ha obrado nunca, á pesar de su influencia y de su poder, en pro del pais, en pro de los derechos patrios y populares, sino siempre de una manera mezquina y contraria á la que ahora se quiere demostrar.

Después de haber aducido pruebas históricas sobre la tesis que defendió, al llegar al reinado de Carlos V, se detuvo un tanto, y dijo que los nobles que habían promovido el levantamiento de los comuneros, porque se había intentado aminorar una de sus prerrogativas, luego que comprendieron que podrían perder otras, abandonaron cobardemente el bando popular para pasarse al rey; y que cuando mas tarde, la conducta irritante de los entonces llamados firmes, suscitó la prevención pública al estrémo de llegar los ánimos á punto de temerse que se repetirían las anteriores escenas, así que los nobles entendieron la amenaza que con la tropa y los cañones les hicieron los flamencos, transigieron, en vez de salir á la lucha y aun combatir por los fueros del pais, que en aquel tiempo eran sus propios fueros. ¿Cómo cabe pretenderse después de esto, el derecho por la nobleza de dar leyes á la nación, y fundarse esta pretension en un derecho que se hace remontar á los tiempos primitivos, cuando la nobleza, como cuerpo, solo

existe desde 1519, y cuando después de instituido no supo comprender la significación de sus fueros, y si la comprendió, le faltó el valor y el patriotismo de combatir ó morir por ellos?

Pero si fuese esto solo, agregó el Sr. Heros, podía echarse un velo sobre ello. Los grandes, en vez de ponerse á la cabeza de los pueblos para dirigirlos, encaminarlos, sembrar la ilustración y reojar por fruto la libertad de todos y la respetabilidad y los fueros de la nobleza, se convirtieron después en alcaldes, y alguaciles de la inquisición: algunos fueron hasta generales de ella, y muchos dedicaron sus rentas y sus riquezas á levantar conventos en una época en que la nación española lo necesitaba todo, menos seguir autorizando y desarrollando la gangrena del fanatismo, y el funesto mal de la ignorancia pública. Cuando el conde de Benavente volvió de Italia, que había afirmado en la corona de Castilla y gobernado largo tiempo, en vez de traer grandes obras de arte que ilustraran y honraran nuestro pais, su orgullo se redujo á importar 124 cuerpos de santos. Para dejar mas y mas demostrado el principio de que la nobleza nunca ha tenido en España derecho propio de representación nacional, dijo el orador progresista que en recompensa al Conde-duque, por haber hecho levantar el sitio de Fuenterrabía, se le concedió, á propuesta del Consejo de Castilla, el derecho perpetuo de representación en Cortes.

Entrando después S. S. en el punto relativo á los mayorazgos, dijo que las leyes de Toro han sido calificadas de atroces y bárbaras en lo que respecta á este particular, y que aquellas han sido instituidas en una época que está muy lejos de ser remota. El señor ministro de Gracia y Justicia dijo el día anterior que no tenía noticia, ni como jurista, ni como magistrado, de que ningún grande haya mejorado en el tercio y quinto á su primogénito para prolongar la existencia de ricos mayorazgos, y de aquí dedujo el señor Heros, que esto es señal de que ningún noble quiere ni está de acuerdo con las vinculaciones. Tambien se hizo cargo del pensamiento del señor conde de Velle, sobre que podrán vincularse títulos de la renta pública, y después de combatirlo, espuso que sería muy poco respetable una Cámara que antes de votar ó para votar las leyes, se ocupara en leer el boletín de la Bolsa. Y en fin, concluyó diciendo, que un hombre histórico, no siempre es un grande hombre, un hombre cual en estos tiempos se hace preciso para influir sobre la política y dirección del pais, y al efecto recordó lo que han sido los hijos de Cromwell y de Newton.

No á contestar á D. Martin de los Heros ni á los demas oradores que han hablado en contra del proyecto, sino á esponer las razones por qué la comisión ha presentado su dictamen, se levantó á nombre de esta el señor Alcalá Galiano, y pronunció uno de esos discursos que solo á él es dado improvisar. No tocó la cuestión, no apoyó el dictamen, no rebatió los argumentos de la oposición; pero no obstante, tuvo momentos en que arrebató al Senado, y espontáneamente fué aplaudido. Sus arranques, esos arranques de sin igual elocuencia que conmueven y arrastran; esas bellas y poéticas imágenes con que adorna cada período, á la manera que embellecen al prado las diferentes flores al acaso nacidas; esos conceptos tan oportunos y peregrinos; esas frases tan valientes y tan espresivas, que brotan de sus labios como abundante y cristalina cascada, ó cual torrente soberbio que nada resiste, cautivaron y tuvieron como en suspenso al Senado; pero cuando creíamos que su poderosa é irresistible voz daría el golpe de gracia á los numerosos y patentes argumentos que contra la reforma se han dirigido, vimos con estraneza que terminó su discurso el renombrado orador dejando en pie y en toda su fuerza y vigor cuanto en contra se ha espuesto de la reforma constitucional.

El señor Alcalá Galiano quiso defender el pensamiento del gobierno diciendo que una vez que este ha juzgado llegada la oportunidad de establecer la senaduría hereditaria, la comisión no ha podido menos de aceptarla, máxime considerando que España, como casi todas las naciones de Europa, necesita elementos de estabilidad y de fuerza para resistir á los futuros embates de las revoluciones; pero toda su elocuencia fué impotente ante la fuerza de la razón y la terrible lógica de la historia y de los hechos. Las consideraciones que trajo á cuento, las apreciaciones que hizo, los pensamientos que salieron de sus labios, todo fué elocuente, fluido, poético, arrebatador, pero de modo alguno victorioso, y esto prueba una vez mas que no bastan la oratoria, ni el saber, ni las mas brillantes dotes de hombre público, para convencer sobre lo que es inoportuno, innecesario, peligroso y ocasionado á divisiones y conflictos. Lean nuestros suscritores el discurso del señor Galiano, que en su lugar publicamos: este discurso dirá mejor que nosotros, que cuando un orador tan irresistible como el señor Alcalá Galiano, se ha atrevido apenas á tocar la cuestión de la reforma, debe ser porque esta es insostenible.

Luego que concluyó su discurso este, justamente reputado orador; salieron casi todos los señores senadores, quedando con escaso número

ro de oyentes el señor San Miguel, quien combatió el proyecto, reproduciendo, ó poco menos, los argumentos espuestos contra la reforma. Dijo S. S. que el señor Alcalá Galiano no había hecho mas que defender el dictamen de la comisión, y que por esto no tenía nada que combatir del discurso del señor Galiano: que la reforma es inconveniente é inmotivada, puesto que ni la reclama el espíritu público, ni la prensa la ha pedido, ni un partido en masa la quiere, ni las circunstancias la exigen: que merma las prerrogativas de la Corona, contra lo que debe esperarse de los principios esencialmente monárquicos del partido conservador: que el principio hereditario no puede aumentar el prestigio y respetabilidad del Senado, puesto que con dificultad llegará á quince el número de grandes de España que adquirirán por la reforma el derecho propio de senador: que después de esto, vendrán al Senado las antipatías, las prevenciones, las envidias y divisiones, peligros de que se debe huir: que el Senado que resulte de la reforma, será un Senado heterogéneo; y en fin, concluyó diciendo que no acepta la reforma, porque después de esta puede venir otra que sea mucho mas inconveniente.

Concedióse la palabra en seguida al señor Arzola, pero el señor presidente del tribunal supremo de Justicia la cedió al señor Estébanes Calderón, quien se levantó á defender el artículo 1.º del proyecto de reforma y á contestar al señor Heros. S. S. empezó bastante tarde, de modo que pasadas las horas que señala el reglamento, levantó la sesión el señor presidente, marqués de Viluma, debiendo continuar hoy esta discusión.

Debemos señalar, como incidente de la sesión, las reclamaciones que hizo el señor Nocedal contra los taquígrafos, por haber puesto, como suya, en el Diario de Sesiones, esta frase bien poco parlamentaria: «yo vuelvo la cabeza donde me da la gana.» Dijo que no había empleado palabras tan inconvenientes y tan poco en consonancia con las de que S. S. se sirve, y pidió que constara su reclamación. El señor presidente manifestó que así constaría, como era debido.

Ayer terminó el Congreso el examen de la totalidad del dictamen relativo á las bases de instrucción pública. Esta discusión ha ofrecido la particularidad de que todos los discursos pronunciados han girado sobre un solo punto, á saber, el de la mayor ó menor amplitud que debería otorgarse al clero para intervenir en la enseñanza. Con esta indicación, fácil es comprender que, tanto los argumentos presentados por los impugnadores del dictamen, como las razones espuestas por sus defensores, han tenido que reducirse á muy estrechos límites, y asemejarse unos á otros cuanto es compatible con el estilo y manera peculiar de discuir de los diversos oradores.

No obstante, ayer vinieron á reanimar el interés de los debates dos notables discursos, uno del señor Canga Argüelles, y otro del señor Gonzalez Serrano, en los cuales se reconcentró toda la atención.

Aprobada el acta del día anterior por 88 señores diputados que se hallaban presentes, y después de darse cuenta del despacho ordinario, y concederse licencia á muchos individuos de la Cámara, que la solicitaban para ausentarse, el señor ministro de Fomento leyó desde la tribuna un proyecto de ley concediendo la construcción de un ferro-carril de Bilbao á Tudela, por Miranda, con la subvención por el Estado de doscientos y tantos mil rs. kilómetro.

Acto continuo se entró en la orden del día, que como hemos dicho, era la discusión de las bases de instrucción pública, en su totalidad; y el primero que usó de la palabra en contra, fué el señor Díaz, á quien no pudimos oír con claridad, pero que, á juzgar por la razonada contestación del señor Góicoechea, quería, poco mas ó menos, lo mismo que los demas oradores que han tomado parte en esta polémica.

Después de rectificar los señores Díaz, Tejado y Orobio, se levantó el Sr. Canga Argüelles y pronunció uno de los discursos mas impetuosos que se han oído en la presente legislatura, así por su entonación, demasiado exagerada en algunos momentos, como por la atrevida franqueza de las ideas.

Empezó por esplicitar su posición política que le aleja de todos los partidos militantes, puesto que no tiene otras aspiraciones, segun decía, que la de ayudar á todo gobierno que procure el desenvolvimiento de los intereses católicos. Trató el cuadro mas sombrío de la situación de España durante los dos años del gobierno progresista, en que por haberse desconocido la santidad del principio religioso, se vieron en no interrumpida lucha y amenazados de muerte los mas caros intereses de la sociedad; y con este motivo increpó con escuiva dureza á las Cortes constituyentes que pusieron á discusión el principio de la unidad religiosa, y no le borraron del código de nuestras tradiciones por un insignificante número de votos. Estos hechos y varios otros que espuso en su peroración el joven diputado monárquico, eran, en su juicio, consecuencia lógica y

forzosa de la relajación del principio católico en aquella época, en que se apellidaba con los mas feos dictados á un prelado de la iglesia en pleno parlamento; en que escitaban la risa los objetos mas venerandos de nuestro dogma; en que un tribunal creado por aquel sistema político absolvió las ideas mas heréticas y disolventes proclamadas en un periódico democrático, y condenaba en otro diario monárquico la impugnación de esas mismas doctrinas.

Viniendo á la enseñanza, nos dijo el señor Canga que no puede menos de ser abominable aquella que no se funde en el catolicismo, y que no diciéndose una palabra en el proyecto con relación á la Iglesia, era preciso reformarle radicalmente. En una palabra, el señor Canga Argüelles quería para el clero todo lo que quieren los señores Orobio y Tejado; el monopolio universitario, la facultad de señalar los libros de texto, la intervención en todos los ramos de la enseñanza, con mas, la reforma del consejo de instrucción pública, donde debería predominar tambien el elemento eclesiástico.

Nos hemos ceñido á la estricta reseña de los principales puntos del discurso de S. S. para que nuestros lectores juzguen, por su simple enunciaci6n, hasta dónde pretenden llevar sus exageraciones los ardientes partidarios de la omnipotencia clerical en el ramo de instrucción pública. Ya hemos manifestado ayer que no podemos estar de acuerdo con semejantes doctrinas, y creemos ocioso insistir en este particular. Y que nuestro modo de ver tiene en su favor las simpatías de la Cámara popular y la opinion del pais, no hay para qué detenerse á demostrarlo. Bien claramente se vió ayer en el Congreso cuando el señor Gonzalez Serrano se levantó á rebatir los argumentos y apreciaciones del señor Canga Argüelles. En aquel señor diputado tuvieron un elocuente y enérgico defensor los principios constitucionales, tan rudamente atacados por el señor Canga. «Los revolucionarios, dijo, no son tan solo los que tienden á sublevar la sociedad desde abajo, sino tambien los que pretenden cambiar sus bases fundamentales desde arriba.»

Manifestó, con sobrada razon, que el clero debe tener en la enseñanza la inspección natural y legitima que siempre ha tenido, pero en manera alguna la omniomoda intervencion que se le quiere atribuir. En este punto, el orador creia, y nosotros con él, que las ideas del señor Canga Argüelles dejan muy atrás á las de Calomarde, Decia, y decia muy bien, el señor Gonzalez Serrano, que la Cámara es esencial y eminentemente católica, y que el partido conservador no es el que menos ha mirado por los intereses del clero, al que se pretende elevar y sobreponer á todas las clases por los que combaten el dictamen de la comisión. Pero de aquí á poner en sus manos todos los ramos de la enseñanza, hay una distancia inmensa, que no puede franquearse sin crear gravísimos conflictos, sin comprometer los mas respetables intereses y abrir la senda á la peor y mas peligrosa de todas las reacciones. No hay que olvidar que la religion ha servido muchas veces de pretexto para halagar tendencias mezquinas de política; que en su nombre se han cometido no pocos desmanes, y que en muchas ocasiones, bajo el hipocrita velo del interés católico, se ha resguardado el interés de partido para mejor obtener sus fines. Así hemos visto, segun recordó muy oportunamente el señor Gonzalez Serrano, escenas como las de los años 1825 y 1827, que son un padron de ignominia para los fanáticos que, invocando el principio religioso, hicieron de él una arma de venganzas y de miserables personalidades.

El Congreso escuchó con profunda atención la esposición de las buenas doctrinas, que son las que en materias de enseñanza profesa el partido moderado, hecha con facilidad y precisión y en muy correcto estilo por el señor Serrano, á quien prodigó ostensibles muestras de aprobación durante su feliz discurso y al terminar este.

Dejando aparte el incidente, algun tanto tumultuoso, provocado por una cuestión reglamentaria, y pasando por alto, por no alargar demasiado esta reseña, las rectificaciones hechas sucesivamente por los señores Canga Argüelles, Gonzalez Serrano y Orobio, diremos que el señor ministro de Fomento tuvo la suerte de herir de frente la cuestión que se debatía y que había tomado ya un carácter muy marcado de agitación.

El señor Moyano, en breves y sencillas frases, manifestó que la comisión había estado muy en su lugar descartando del dictamen la base relativa á la enseñanza eclesiástica, porque esta no entraba ni podía entrar en la índole del proyecto, encaminado tan solo á formular las bases de la instrucción civil. Este era el único cargo razonable que se había hecho al dictamen, y quedaba destruido con el argumento anterior. La enseñanza eclesiástica se halla comprendida en el Concordato, que es donde debe estar arreglada, donde alcanza mayor carácter de perpetuidad; no en una ley especial que puede ser derogada mañana por otro ministro.—El discurso del señor ministro de Fomento dejó resueltas todas las dificultades y aclaradas todas las dudas.

Consultado el Congreso, declaró que se halla-

ba suficientemente discutida la totalidad del dictamen, y se procedió a la discusión por artículos.

El señor Polo defendió una enmienda al artículo 1.º, también relativa a la intervención del clero en la enseñanza.

Siendo pasadas las horas de reglamento, se levantó la sesión.

Creemos que hasta mañana, cuando menos, no podrá entrarse a discutir el proyecto de ley de imprenta. —Ayer se dio cuenta de las dos enmiendas siguientes:

«Pedimos al Congreso se sirva acordar que el párrafo 2.º del art. 22 del proyecto de ley de imprenta, se varíe en la forma siguiente:

«Por esta inserción no pagará cosa alguna, con tal que no exceda del duplo del artículo contestado, 6 de 30 líneas de letra, si aquel tuviere menos de 15.»

«Palacio del Congreso a 18 de junio de 1857.—C. del Mazo.—R. Campoamor.—Estrella.—Osorio.—Parra.—Braco.—Carrias.»

«Pedimos al Congreso se sirva acordar que el párrafo 2.º del art. 8.º del proyecto de ley de imprenta, se varíe en la forma siguiente:

«Se suspenderá también, después de tres días, cuando el editor fuere preso o detenido, hasta que se habilite otro nuevo, siendo responsable durante aquel plazo, el director del periódico.»

«Palacio del Congreso a 18 de junio de 1857.—C. del Mazo.—R. Campoamor.—Estrella.—Osorio.—Parra.—Braco.—Carrias.»

La sesión se levantó a las 6.

No obstante que recibimos oportunamente el número de *El Orbe* de anteayer, y leímos con todo detenimiento la advertencia que traía a la cabeza, y la copiamos con ánimo de insertarla en nuestro periódico, y fué compuesta por nuestros cajistas, lo cierto es que semejante advertencia no ha llegado, por nuestro conducto, a noticia de los suscritores de *El Occidente*. La razón de esto fué que recibimos un atento recado, ya bien entrada la noche, del señor fiscal de imprenta, por el cual inferimos que podía ser peligrosa o inconveniente la reproducción de la advertencia de *El Orbe*.

Después de estas breves explicaciones, véase como da cuenta *El Parlamento* de ayer de lo que nosotros no nos creímos autorizados para manifestar en nuestro número del mismo día:

«Según se deduce de una advertencia con que anoche encabezaba su número *El Orbe*, el gobierno ha dado las órdenes oportunas para hacer cesar la ardiente polémica que venían manteniendo dicho periódico y *El Diario Español*».

También *El Diario Español* publica la advertencia siguiente:

«Por razones que el público sabrá apreciar, suspendemos la polémica que hace días venimos sosteniendo con uno de nuestros colegas. Sentimos la determinación que este ha adoptado de suspender por ahora su publicación, y deseamos sinceramente que vuelva pronto a ver la luz pública. Si por causas ajenas a su voluntad esto no se verifica, y desaparecen entre tanto las que nos obligan a ambos a guardar silencio, ofendamos a los hombres, cuya defensa había tomado aquel periódico a su cargo, las columnas del nuestro, para que en ellas puedan continuarse con toda la libertad que crean conveniente, reservándonos solo el derecho de contestar a continuación de sus artículos.»

Nosotros no sabemos si nos es lícito hablar del asunto de que se ocupan en los párrafos copiados, *El Parlamento* y *El Diario*; pero si se nos permite diremos que las mismas causas que han motivado la suspensión de las tareas periodísticas de nuestro estimado colega *El Orbe*, nos aconsejan retirar ciertos trabajos que teníamos dispuestos, contestando a un artículo de *El Diario Español* del miércoles y haciendo varias apreciaciones, según nuestro feal saber y entender, de hechos y personas comprendidas en la ya finada polémica entre *El Orbe* y *El Diario*.

Tampoco creemos que nos sea prohibido manifestar el sentimiento con que hemos visto la suspensión de *El Orbe*, y el deseo que abrigamos de verle reaparecer cuanto antes en el estado de la prensa.

Como verán los lectores en la parte oficial, se ha encargado de real orden al director general de correos que se dicten las medidas oportunas para que, al mismo tiempo que se haga efectiva en favor de los senadores y diputados, durante la legislatura, la franquicia de correspondencia que de ellos procede, lo sea igualmente respecto de la que reciben la obligación del franqueo previo, como por punto general se halla establecido.

También hallarán los lectores en la misma sección la autorización a la sociedad general del Crédito Mobiliario Español para que sus ingenieros puedan adquirir sobre el terreno todos los datos y noticias que juzguen necesarios, a fin de tomar parte en la subasta de la línea férrea de Tudela a Bilbao.

El Sr. D. Eugenio de Ochoa, actual director de instrucción pública, ha sido elegido por unanimidad diputado a Cortes en el distrito de Allariz, provincia de Orense.

Su Santidad ha nombrado *chantre de la catedral* de Valencia al director de *El Católico*, señor Moreno.

Vemos con el mayor placer, dice anoche *El Estado*, que se confirma la noticia de que el ilustre patriótico Sr. Martínez de la Rosa se dispone a atacar la ley de imprenta del Sr. Nocedal. No nos sorprende esta actitud noble del decano de la literatura y la política, que al dar ese paso coronará el libro de su historia con una página brillante.

El Sr. Martínez de la Rosa, sean cualesquiera los lazos de amistad que le unan al gabinete actual, ha comprendido, sin duda, que antes que las afecciones particulares está el compromiso con sus antecedentes.

Si no por medio de una comunicación oficial, dicen *Los Hoyas*, está ya fijamente admitida de un modo verbal la dimisión del general Serrano de la embajada de París, pero repetimos que cuantas combinaciones se hacen sobre este asunto son prematuras.

Ayer fueron entregados en la tesorería central los 60 millones correspondientes al cuarto plazo del empréstito de Mr. Mirés contratado con el gobierno español.

Las Cortes portuguesas han votado por aclamación una pingüe dote para la reina de Portugal.

gal, y las sumas necesarias para las bodas de su querido monarca. El conocimiento de las virtudes de la joven princesa que D. Pedro V va a elevar al trono, ha hecho que su anunciado enlace haya sido acogido con grande entusiasmo por la opinión pública.

El señor barón de Grovestin, ministro plenipotenciario de la corte de Holanda cerca de nuestra Reina, ha salido con dirección a su país con licencia temporal obtenida de su soberano.

Este diplomático, que hace 25 años reside en España, emprende su viaje para restablecer su quebrantada salud.

Nueve son las enmiendas presentadas hasta hoy en el Senado al proyecto de reforma constitucional. Algunas de ellas son ya conocidas de nuestros lectores, las restantes son: una del señor Ros de Olano para que a los tenientes generales no se les exija dos años de antigüedad en el empleo; otra del señor Torre Marín para que los títulos de Castilla puedan ser senadores aunque no tengan más que 60,000 reales de renta, y otra del señor González para que los reglamentos de los cuerpos colegisladores se hagan por cada uno de ellos.

El Heraldo de Nueva-York trae detalles de la última conspiración descubierta en Méjico. El encargado de asesinar al presidente Comonfort era un tal Noguera, capitán de la brigada Zuloaga. Asegurábase que una carta perdida por uno de los conjurados a la puerta de la Tesorería, descubrió sus planes. Aquellos han sido sometidos a una escrupulosa sumaria. Uno de ellos, llamado Cobos, es hermano del que tan tristes recuerdos ha dejado en Toluca, Tutotepe, etc.

Cartas de Méjico, del 3 de mayo, desahucian de la vida del arzobispo, el cual había recibido los consuelos que la iglesia tiene dispuestos para los moribundos. La capital, lo mismo que la mayor parte de las ciudades de la república, seguían sumamente agitadas. Comonfort estaba resuelto a dar un golpe de Estado, si antes no acababan con él.

Hoy volverán a reunirse los diputados andaluces para oír los dictámenes de las dos comisiones que nombraron en igual día de la semana pasada; una encargada de reunir los datos estadísticos de la riqueza para juzgar si las provincias andaluzas están sobrecargadas por la contribución territorial; y otra que tenía la misión de proponer los medios de mejorar y activar las vías de comunicación. La presidencia de estas reuniones está confiada al señor don Antonio Benavides y las secretarías se hallan desempeñadas por los señores Belda y Trillo.

Anteayer tuvo lugar la subasta, que oportunamente anunciamos, para el establecimiento por ocho años del servicio de vapores entre España y las Antillas. El acto empezó a las dos. Formaban el tribunal el señor ministro de Estado, asesorado por el vicepresidente de la sección de Ultramar del consejo real, por el oficial mayor del ministerio de Marina y por el director general de Ultramar. Se leyeron el decreto por el que se mandó proceder a la subasta, y el pliego de condiciones formado por la misma. El tipo de la subasta fué fijado ayer por el Consejo de ministros en 50,000 duros. Antes de la lectura de este pliego, que se abrió en el acto de principio la subasta, el señor Carriquiri pidió explicaciones al presidente, sobreescribiendo las nueve millas que se exigía que anduviesen los vapores por hora, debían contarse por el resultado de cada viaje, ó por el resultado total de los viajes que se hicieran en cada año. El señor ministro de Estado contestó que fijado ya el tipo por el gobierno y depositadas sobre la mesa las proposiciones, nada había que decir y explicar sobre el pliego de condiciones, con lo que el señor Carriquiri se dio por satisfecho. Los pliegos presentados eran cuatro, que fueron leídos por el orden siguiente: Los señores Bofill y Martorell, de Barcelona, ofrecían hacer cada viaje redondo por la subvención de 24,578 pesos; los señores Ceriala y Carriquiri exigían 25,400; los señores Calderón y otros 52,100; y los señores Bayo, Zulueta, Abarzuza y Mariategui, a nombre de varios capitalistas de la Habana, reclamaban de subvención por viaje redondo, 889,450 rs. El señor ministro de Estado, no pudiendo separarse de lo establecido en el pliego de condiciones, declaró adjudicada la subasta a los señores Ceriala y Carriquiri por las subvención de 25,400 pesos fuertes, que era la menor exigida, y que rebajaba en 15,000 duros el tipo fijado en el Consejo de ministros.

A propósito de este asunto dice ayer *La Crónica*:

«Así como emitiendo nuestra opinión con independencia, hemos combatido razonada y enérgicamente el contrato celebrado por el gobierno con los señores Gauthier, para el servicio provisional trasatlántico, debemos hoy aplaudir el acuerdo con que ha obrado el ministerio al señalar el tipo de la subvención para la subasta del definitivo.»

Las indicaciones que hicimos anteayer fueron bien acogidas; el consejo de ministros comprendió la necesidad de subvención justa a la empresa concesionaria, y sus cálculos, sin duda alguna, fueron acertados. El Estado ha obtenido un beneficio considerable, y debemos felicitarlos por tan ventajoso resultado. Hacemos gustosos esta manifestación que ofrece una prueba más de nuestra imparcialidad, al juzgar severamente, como lo hemos hecho, el contrato provisional, sobre cuyo exacto cumplimiento insistiremos siempre que lo creamos necesario.»

De *La Epoca* de anoche copiamos los siguientes párrafos:

«Podemos asegurar carecen de todo fundamento las noticias de una modificación ministerial, en virtud de la cual el marqués de Pidal pasaría de embajador a la capital de Francia. Las cosas seguirán como se hallan, por algún tiempo.»

«Ayer ha adquirido algún fundamento la noticia de que el gobierno se ha resuelto a pedir autorización a las Cortes para plantear la ley de imprenta. Sería esto agravar la falta política que se ha cometido al presentar semejante proyecto a las Cortes.»

«Ayer por la noche se reunió la comisión de diputados que entiende en el asunto del empréstito Mirés. El presidente de la comisión, señor Cardenas, había invitado a los diputados progresistas a que se incorporaran a la comisión y examinaran todos los documentos enviados por el gobierno. Con efecto, respondió a esta invitación el diputado señor Franco, y se halló presente a la lectura de parte de los documentos enviados por el gobierno.»

La comisión se separó después de dos horas, sin haber concluido la lectura de dichos documentos, y sin haber tomado todavía, por consiguiente, resolución alguna.

«Ayer parece que ha informado el Consejo real favorablemente a la indemnización de dos millones de reales, pedida por el señor conde de Vistahermosa, a causa de los incendios de 1854. Resuelta que sea esta cuestión por el gobierno, es natural se estienda a indemnizar también a los señores Salamanca, conde de San Luis, Esteban Collantes y Quinto.»

Igualmente se hallan pendientes del fallo del Consejo real las indemnizaciones por los grandes incendios de Castilla en 1856.»

El Centinela del Comercio, periódico que ve la luz en Sevilla, ha publicado un artículo sobre los desastres marítimos, en el cual hace deducciones muy curiosas sobre este objeto. Dice así:

«En el término de doce años el número de los siniestros, debidos todos a la imprevisión humana, sin que por parte del mar podamos suponer cooperación alguna, casi duplicaron. En conjunto presentan esos doce años (desde 1845 a 1856) 7,916 abordajes y 763, pérdidas totales consiguientes. ¡Qué espantoso tributo de existencias humanas supone todavía la pérdida de ese crecido número de buques!

Hé aquí el estado que ofrece este triste cuadro:

Chochos de vapores con vapores...	23 pérdidas.
» vapores con buques de vela	45 »
» buques de vela contra vapores...	90 »
» buques de vela contra vapores...	545 »
» abordajes con pérdida de ambos buques...	55 »
	763

Leemos en *El Fénix*:

«Por noticias que consideramos ciertas y acabamos de recibir del vecino imperio, sabemos que en los mas autorizados círculos diplomáticos de París, se decía como cosa averiguada y evidente que iba a ser reemplazado el embajador de Francia en España Mr. Turgot, nombrándose en su lugar un ministro plenipotenciario que aun no estaba designado.

«El señor Isturiz ministro plenipotenciario de España en San Petersburgo, permaneció en París hasta fines del mes actual. Dicese en París que el señor Isturiz muestra una esperanza de no ir a Rusia.»

Es importante la siguiente carta que publica *Amoroso* colega *La España*:

«LAS CHAPARRINAS 9 de junio.—Ayer a las seis de la mañana fundó en este puerto el vapor de guerra inglés *Future*. A las dos horas desembarcó su comandante, en unión del cónsul inglés en Tánger, y un ingeniero militar, los cuales recorrieron con este señor gobernador y jefes del departamento parte del recinto y baterías de nuestra isla Isabel II.

A las dos de la tarde volvieron a ponerse en movimiento con dirección a Nemours; pero fué grande sorpresa al ver que el vapor, aguantándose muy cerca del río Milonia, botó dos lanchas al agua, de las cuales una amorrió a la playa morisca, quedando la otra a una distancia regular. Cuando nuestra curiosidad iba subiendo de punto, vino la noche, perdiendo de vista al vapor, y deseando amanecer para observar sus movimientos.

Efectivamente, muy de madrugada volvimos a verle en el mismo punto que le habíamos dejado en el día anterior, si bien a las pocas horas se puso en máquina con dirección a estas islas. A las seis de la mañana estaba ya fundado en el Cabo del agua, distante de ellas unos tres cuartos de legua; y en seguida volvió a botar una lancha llevando a tierra al cónsul inglés, al ingeniero y a un moro que después supimos ser ayudante del emperador de Marruecos, a quien, si bien habíamos visto en el vapor y hablado con él, guardó tanta reserva, que lo creímos un pasajero. Estuvieron, pues, en el Cabo del agua sobre dos horas.

Ahora bien: ¿nos será permitido preguntar qué hizo el vapor en el río Milonia? No es sumamente raro que, tanto en este punto, como en el Cabo del agua, y hasta en toda la costa del Rif, salten los ingleses en tierra sin la mas leve oposición, cuando nosotros, vecinos antiguos, no podemos hacerlo sin que nos cuesten caro semejante atentamiento? Así es lo cierto; deduciendo por desgracia que la política inglesa cerca del emperador de Marruecos es mucho mas influyente que la nuestra. Si llego a adquirir mas noticias sobre el particular, las comunicaré a Vds. con la brevedad posible.

Doy a Vds. las anteriores, por si con motivo de ellas quisieren llamar la atención del gobierno, pues es visto que, tanto los franceses como los ingleses, han puesto sus miras en el imperio marroquí y sería lástima que nosotros estuviésemos durmiendo en el interior.

Los franceses todavía no han disparado un tiro contra la Kabila de Benisnasen, aun cuando por las comunicaciones que copian Vds. de otros periódicos, precedentes, al parecer, de Melilla, se dice estaban ya en abierta guerra, y otras mil paparruchas que ni merecen refutar. —El punto mas avanzado a esta guerra es CHAPARRINAS, y pueden Vds. contar con que cuanto ooura y yo sepa con seguridad (pues de otro modo no), lo pondré en conocimiento de Vds.»

Despacho telegráfico particular de *la Gaceta de Madrid*. —PARIS 16 de junio de 1857.—Ayer 16 se celebraron en París las ratificaciones del tratado de Neuchâtel.

Continúa bajando en Mursella el precio de los trigos. —Todos los emigrados del cantón de Neuchâtel regresan a su país.

BOLSAS ESTRANJERAS.

Amberes 12 de junio.—Diferida, 25 1/16 p. Interior, 38 1/2 p.
Amsterdam 11 de junio.—Diferida, 25 1/2. Exterior, 42 1/8. Interior, 33 3/8.
Frankfort 11 de junio.—Diferida, 25 1/8. Interior, 37 3/4.
Londres 11 de junio.—Exterior, 42. Certificados, 5 3/8. Pasiva, 6 3/4.
Idem 12.—Consolidados, 93 1/8, 1/4. Diferido español, 25 1/2, 3/4.

PARTE OFICIAL.

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

S. M. la Reina nuestra señora (Q. D. G.) y su augusta real familia continúan en esta corte sin novedad en su importante salud.

MINISTERIO DE LA GOBERNACION.

Correos.

REAL ORDEN.

Por real decreto de 17 de diciembre de 1851 se conservó a los senadores y diputados la franquicia de la correspondencia oficial y particular durante las sesiones de Cortes; pero habiéndose establecido después el franqueo previo obligatorio de toda la correspondencia pública desde 1.º de julio de 1856, a virtud de real orden de 15 de febrero del mismo año, si bien se trató de dejar a salvo aquella prerrogativa en las reglas fijadas por esa dirección general en 23 de junio inmediato para la ejecución de la mencionada real orden, el medio que al efecto se adoptó, mandando que circulara franca la correspondencia para las personas a que se refiere la quinta de las indicadas disposiciones, fué completamente ilusorio, supuesto que produjo naturalmente el resultado de eximir del franqueo previo obligatorio a la correspondencia que se les dirigía, al paso que subsistía el gravamen respecto de la que debiesen dirigirse.

En consecuencia, a fin de que desaparezca tan extraña anomalía, que oponiéndose evidentemente al espíritu de las disposiciones citadas, acaba por desvirtuar una exención reclamada por las mas justas consideraciones, la Reina (Q. D. G.) se ha servido mandar, que por la dirección del cargo de V. I. se dicten las medidas oportunas, para que al mismo tiempo que se haga efectiva en favor de los senadores y diputados, durante la legislatura, la franquicia de la correspondencia que de ellos procede, lo sea igualmente respecto de la que reciben la obligación del franqueo previo, como por punto general se halla establecido.

De orden de S. M. lo comunico a V. I. para los efectos consiguientes. Dios guarde a V. I. muchos años. Madrid 16 de junio de 1857.—Nocedal.—Señor director general de correos.

MINISTERIO DE FOMENTO.

Obras públicas.

Ilmo. señor: S. M. la Reina (Q. D. G.) ha tenido a bien acceder a lo solicitado por la sociedad general de Crédito Mobiliario español, autorizándola para que sus ingenieros puedan adquirir sobre el terreno todos los datos y noticias que juzguen necesarios, a fin de tomar parte en la subasta de la línea férrea de Tudela a Bilbao.

De real orden lo digo a V. I. para su inteligencia y efectos consiguientes. Dios guarde a V. I. muchos años. Madrid 12 de junio de 1857.—Moyano.—Señor director general de obras públicas.

BOLETINES DE LOS MINISTERIOS.

GUERRA.

Movimiento del personal de este ministerio.

MONTE-PIÓ.

29 mayo 1857.—Al secretario del tribunal supremo de Guerra y Marina.—Se concede licencia para casarse al capitán D. Vicente Escalante y Ruiz.

Al mismo.—Id. al teniente coronel, coronel graduado D. José Brandis y Mosquera.

Al señor ministro de Estado.—Id. las dos pagas de tocas a doña Petrona Calderón.

Al mismo.—Id. pension a doña Manuela Rodríguez Landeira.

Al presidente de la junta de clases pasivas.—Idem a doña Ignacia Bereterechea y Grassas.

Al mismo.—Aclarando la fecha desde que se debe abonar la pensión concedida a doña María del Carmen Alvarez y Garcia.

Al comandante general de Ceuta.—Negando a doña Ramona Chacon y Blanco, la prórroga de licencia que pide.

Al capitán general de Castilla la Nueva.—Id. a doña Manuela Pelaez y Moliner el permiso que pide para casarse con un oficial, sin hacer el depósito prevenido.

Al mismo.—Id. a doña Ana Teresa Osorio y Pizarro la pensión que reclama.

CORREO ESTRANJERO.

El Monitor francés publica una larga carta de Jassy (Moldavia), en que se habla de las tropas que se cometen contra todos los que se presentan como partidarios de la unión de los Principados. Distinciones de empleados, proposiciones y firmas recogidas por fuerza, protestando contra la unión, promociones en la Milicia, todo esto se está empleando en grande escala, según dicha correspondencia, contra el pensamiento unitario.

A tal extremo ha llegado, que en un ejército que apenas tiene 20,000 hombres, se cuentan sesenta coronelos. Por lo visto, y en esto insistimos en nuestro pensamiento, Francia va a llevar un descalabro en esta cuestión, si la reunión de los Principados no se lleva a efecto, a lo no ser que ocurran tales cosas, que varíen el aspecto que los negocios allí presentan.

El Leon Español publica los despachos siguientes:

«VALAQUIA.—Ha empezado sus trabajos la comisión internacional formando su reglamento. La presidencia corresponderá alternativamente a todos sus individuos: el primer mes preside el comisionado turco Safet Effendi. Se cree que los debates serán acalorados.»

«HANOVER 10 de junio.—Se va a publicar un decreto restringiendo de tal modo las sectas religiosas, que su práctica será casi imposible.»

«TURIN 15.—La policía de Nápoles ha recogido varios impresos en papel tricolor, que contenían en lengua italiana lo siguiente: «Recuerde la Europa que el 26 de mayo de 48, se perdonó a las personas comprometidas el 15 de mayo, y hoy un gran número de ellas gimen entre cadenas.»

«MARSILLA 15.—El correo de Levante nos trae la noticia de que la Pueta ha espedito a los dos camineros de la Moldavia y de la Valangua, órdenes e instrucciones conformes en un todo a las circulaciones acordadas en la conferencia que tuvo lugar el 1.º de junio.

«BURDEOS 16.—La compañía del camino de hierro de esta a Cella, ha alquilado por 99 años, en el precio de 1,300,000 francos, el canal del Mediodía de Cella a Tolosa.»

«MARSILLA 16.—Correspondencia de la China del 25 de abril anuncia un motin en Macao entre los Coolies, los cuales pudieron hacer ayudados por los habitantes. Hubo desgracias, pero ninguna entropes pereció.»

«LÓXONES 16.—Una enmienda, cuyo objeto era abolir el juramento de los católicos, ha sido impugnada por lord Palmerston y desechada por 373 votos contra 83. Otra relativa al juramento de los israelitas, lo ha sido igualmente por 341 contra 201.»

«PARIS 17.—Se ha abierto al público la exposición de bellas artes en el palacio de la Industria, después de haberla visitado SS. MM. II.

Se dice que Mr. Piétri, prefecto de policía del departamento del Sena, va a ser nombrado director general de la policía del imperio.

No solo aquí en París, sino en muchos departamentos, será muy disputada la próxima elección del día 21.

«Spenia en Mr. Monstier para reemplazar a Mr. de Morry en la embajada de Rusia.»

«Lyon 18.—No ha resultado el menor accidente a S. M. I. ni a ninguno de los que le acompañaban, por haberse desarticulado el tren del ferro-carril portátil, entre Saint-Cloud y Villeneuve l'Etang.

La candidatura de la oposición gana terreno en esta capital.»

CORTES.

SENADO.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SEÑOR MARQUÉS DE VILUMA.

Estrato de la sesión celebrada el día 18 de junio de 1857.

Se abrió a las dos y diez minutos, y leída el acta de la anterior, dijo

El señor ministro de la GOBERNACION: Pido la palabra sobre el acta. Señores, yo no tengo la costumbre de corregir ni aun de revisar mis discursos, entre otras razones, por falta de tiempo. Pero anoche he de ver un periódico el discurso que pronuncié antes de ayer, y aun cuando contiene muchas inexactitudes y grandes omisiones, no reclamaria sobre ellas, sino hubiera visto que se pone en mi boca una frase grosera, de persona de poca crianza; y como yo no quiero pasar por eso, me apresuro a hacer esta rectificación. Me supone *El Extrato* haber dicho que vuelvo la cabeza a donde me da la gana.

Todos los señores senadores saben que yo no dije semejante frase, que no puede decirse, no en el Senado, sino en una sociedad medianamente escogida. Cumplo, pues, a mi propósito que conste que he hecho esta rectificación, que no dije semejantes palabras; empleé solo las de *extravelo* la cabeza a donde creo conveniente, ó donde me llaman la atención, ó una cosa por el estilo; pero de ningún modo esa frase que se me ha atribuido.

El Sr. PRESIDENTE: Constará. Suplico al Sr. ministro que continúe se a robó el acta.

Se dio cuenta de una comunicación del Congreso de los diputados, en que remitía al Senado el proyecto de ley relativo a que quede sin efecto la ley de 21 de

julio de 1855 sobre abono de once años de servicio a los empleados cesantes.

El Sr. PRESIDENTE: Este proyecto pasará a las secciones para el nombramiento de comisión.

Prévio anuncio del señor presidente, entró a jurar y tomó asiento en el Senado el Sr. D. Manuel Calonge, que ingresó en la quinta sección.

El Sr. PRESIDENTE: Orden del día. Continúa la discusión por artículos, del proyecto de reforma constitucional. El señor Heros tiene la palabra en contra.

El Sr. HEROS: Ayer ilustres señadores, dije y repito hoy, que las ideas se me agolpaban en términos que apenas podía ordenarlas al hacermelo cargo del proyecto de ley presentado por el gobierno. Se me olvidó decir que en España no había sido hereditaria la monarquía hasta el siglo XII. Para probarlo, entre varios puntos de la historia que lo comprueban, tenemos el caso de Fernando I.º el Grande de Castilla, el cual repartió sus reinos entre sus hijos, dejando el de Castilla a don Sancho, el de León a D. Alfonso, el de Asturias a don García, y a sus hijas D.ª Urraca y D.ª Elvira las ciudades de Toro y Zamora. Basta con indicar eso para ver que en Castilla no había tal herencia en la monarquía.

Pero todavía hay en aquel siglo otra cosa mas extraña. Al morir Alonso I, llamado comunmente el Batallador, dejó su reino, y llamó sobre esto la atención del Senado, en poder de los frailes del Temple, del Santo Sepulcro y del Hospital. ¿Y cómo puede creerse que un hombre de sus prendas hiciese esto? Pues así fué. Ni aragoneses ni navarros se conformaron, y entonces fué cuando el monge don Ramiro, siendo monge, obispo, sacerdote ó lego, desenfaltó, como vulgarmente se dice, se casó, y tuvo a doña Petronilla, en cuya época se unieron Castilla y Aragón.

Se me pasó también decir, tratando de la organización que en aquel tiempo tenía el reino de Aragón, en donde estaba una fuerza y arraigada al poder de los que recibían honores de señores del Estado, que ocurría en aquella constitución, original bajo muchos aspectos, por los cuatro brazos de que se componía, que ocurría, digo, una cosa que no se comprendiera hoy, que en aquellos tiempos había como tantas otras y no producía la menor alteración, y era que en el brazo de los nobles de Aragón entraban los representantes de las cuatro villas, Sés, Egea, Uja y Sadava, es decir, que esas cuatro villas gozaban de la consideración de nobles.

Dicho esto de paso, y tomando mi discurso del punto en que lo dejé ayer, repetí que los grandes señores, en tiempo de Enrique IV y D. Juan I.º particularmente, habían perturbado a Castilla del modo que todos saben, formando las facciones, facciones que algunas veces invocaron la soberanía nacional, como sucedió cuando en Avila el marqués de Villena, el arzobispo de Toledo y otros destruyeron a D. Enrique IV. Dijo que en la época de los reyes católicos salieron del estado de hijosdalgos los hombres insignes y de heroico valor que, dirigidos por el Gran Capitán, se inmortalizaron en empresas como la del Garelano y otras.

En este tiempo fué cuando se formaron las leyes de Toro que en lo relativo a los mayorazgos han sido calificadas, con razón, de bárbaras y atroces, porque los mayorazgos acabaron con todas las familias.

Colocadas en este estado las cosas, y vuelta la reina doña Isabel la Católica, interin la presentación de don Felipe el Herano, y mediante la impetualidad de doña Juana la Loca, resumió el gobierno del reino el hombre mortal que no tuvo mas pensamiento que formar de tal punto la península una sola nación, el rey Católico.

Este hombre popular, al presentarse su yerno Felipe el Herano, pasó por la humillación de que le abandonaron todos los grandes, menos el duque de Alba. El despecto que esto le causó le hizo proceder a su segundo matrimonio, y a no haber muerto el infante D. Juan, todavía e-trían hoy separados Aragón y Castilla, y se habrían perpetuado las desgracias que habían precedido a esa unión. Murió el rey Católico, y esos grandes, que supieron luchar parte en la ejecución de las leyes, donde tenían esa fuerza cuando Cisneros les enseñó desde los balcones de su alcázar los cañones de sus tropas, diciéndoles: «Esos son mis poderosos».

Murió el rey Católico, vino Carlos V al poder, y dió un ser a lo que la grandeza conocía

en peor estado. Llegó el año 1809, en que se reunieron las cortes, no necesitó decir como ni por qué; ya lo han dicho los hombres eminentes, como D. Agustín Argüelles en su «Esaño» sobre las formas constitucionales, y el señor conde de Toreno en su «Historia del levantamiento de España».

Yo hablé ayer de la constitución de 1812, tan combatida porque no echó mano de esa clase; he indicado la suerte que sufrieron mis amigos Argüelles, Quintana, Calatrava, García Herreros, Martínez de la Rosa, y los eminentes eclesiásticos Muñoz Torrero, Villanueva y otras lumbreras de la iglesia, y en medio de aquellos hombres perseguidos, nadie dijo al disparar la monarca: aquí hay una clase que tiene que defender los derechos que han quedado mutilados por esos innovadores.

Entre los individuos de la comisión se encuentra un antiguo compañero mío, que conocí aquella época íntima, en que había dos reyes: uno de hecho, otro de derecho; aquel cazando por los bosques reales, y el otro rodeado de guardias, recibiendo la corte y los obispos, al inquisidor general y a los generales de todas las órdenes, cuyo retrato se colocó junto al altar mayor, y de quien un prelado dijo que el Espíritu Santo había colocado junto a Carlos IV para ayudarle a levantar las cargas del Estado.

Volvamos al año 1814. Esa clase no se ocupó más que de lo suyo, y entones la grandeza de España no defendió sus prerrogativas. Entonces, y volvió otra vez al año 12, aquellos que habían presenciado el poder del favorito, lo hicieron para consolar, pues hasta se había tratado de concederle el principado de los Algarbes, y aun se dice que se había acordado moneda con el fisco de Manuel I, y cedido las provincias del Ebro para allá, y yo hubiera tenido la desgracia de ser francés. Insisto sobre estos puntos, porque cuando se buscan los privilegios es menester reconocer las cargas.

El señor ministro de la Gobernación decía antes ayer, que si se hubiese adoptado en la constitución del 12 el principio de las dos cámaras, admitiendo en la una de ellas la clase privilegiada, tal vez no hubiese parecido aquella constitución; y que si en el año 23 hubiesen los franceses persistido en sus proyectos, los ingleses nos hubieran defendido. Al decir S. S. esto, no recuerda que el ministro Canning, en una comedia que le dieron los electores, dijo: «¿qué había parecido la libertad de España por haberles quitado la América?» Digo esto porque juzgo lo más acertado, el que nosotros procuremos seguir una política digna y ventajosa, sin farnos en la bondad agena, que nunca sirve bien si no está perfectamente pagada.

Todos recordan muy bien, que después de los sucesos del año 33, se pensó que tal vez se estableciera aquí un régimen parecido al de Francia, y el duque Luis Antonio se movió de eso, a consecuencia de una exposición que se le presentó; y hasta se dijo por un nombre eminente en Francia, que era una locura el suponer que el ejército francés había venido a imponer aquí las cámaras francesas.

Poco puedo decir acerca de lo que pasó después del año 33, porque no me encontré en España; pero si puedo asegurar que en época posterior, sin negar los servicios y adhesión de esa clase privilegiada a doña Isabel II, una gran parte de ella decía que no se podría conseguir nuestros deseos, si no intervenía el ejército francés; lo cual dio lugar a que el digno general que se hallaba de embajador en Francia dijera que si eso se adoptaba, su patriotismo no le permitiría continuar en su cargo.

Dicho esto, y sentando que no puede estar conforme con el principio de dar a una clase el privilegio de entrar en esta recinto para legislar, como esa idea va unida con los mayorazgos, deberá hacerse cargo de este punto.

Ayer díjome cosas peregrinas, al señor ministro de Gracia y Justicia la una, y la otra al señor conde de Velle.

El señor ministro nos decía, que no había visto, después de la supresión de los mayorazgos, que hubiese ningún grande que hubiese mejorado a su hijo mayor en el tercio y quinto, para que pudiera sostener el lustre del nombre que heredaba. Esa prueba que esta clase no quiere los mayorazgos, porque teniendo a su alcance un medio de poderlos reemplazar, ni quieren usarlos.

El señor conde de Velle quiere que esas vinculaciones se conviertan sobre el crédito y las rentas públicas. Señores, aparte de otros inconvenientes, ¿qué carácter representarían unos señores hereditarios, que antes de venir al Senado fuesen a leer el boletín de la bolsa, ó a preguntar a un agente de la misma el curso de los efectos públicos?

Voy a concluir; pero antes tengo que tratar otro punto, que suscitó el señor ministro de la Gobernación el otro día.

Dijo S. S. que la reforma de que se trata no es anti-constitucional, y yo sostengo que sí. En la Constitución de 1845 hay un artículo tomado de la de 1837, que dice: «Todos los españoles son aptos para ejercer los cargos y empleos públicos, según su mérito y capacidad, y S. S. señores, ¿qué más destruido ese artículo con el principio hereditario? El señor ministro de la Gobernación parece decirme que no, pero yo insisto en que sí.

Por ese principio, el necio como el discreto, el mal sano como el robusto, todos pueden venir a hacer las leyes. S. S. mismo manifesté uno de los grandes inconvenientes que tiene, citando el ejemplo de Cromwell en Inglaterra. Aquel hombre, que unas veces con la Biblia y otras con la espada gobernó aquel país, tuvo un hijo tan imbécil y miserable, que al poco tiempo le dijo que no era para ello, y renunció al protectorado; Newton; aquel hombre de quien se dijo: Dios crió a Newton y descansó; aquel gran hombre, tuvo también otro hijo que vivió de un modo tan singular, que dormía al lado de los mozas de labranza. Esos ejemplos prueban bastante los inconvenientes del principio hereditario.

Aquí hay una porción de personas dignísimas, como ya han pertenecido a las Cortes constituyentes. Progresistas nosotros, propusimos en 1836 la admisión del principio que hoy rige en el Brasil, a saber: que los senadores fuesen vitales, y propuestos por las provincias en ternas triples. Fuimos derrotados, y vino en su lugar un Senado electivo, que yo no quiero.

El Senado electivo popular puede tener el gran inconveniente de que en el día en que las elecciones populares sean corrompidas lo sea él, y se dé el ígneo testimonio que dieron los rasos en 1814, y el que dieron los estados de Dinamarca cuando declararon al rey absoluto diciendo: que si alguna condición le faltaba, se entendiese que se la tenían acordada. Así es que nosotros, hombres del progreso, habiendo visto que el Senado vitalicio había producido los efectos que se deseaban, al hacerse la Constitución de 1850, propusimos que el Senado fuera vitalicio, y el señor ministro de la Gobernación sabe que fuimos derrotados.

Esto pasó hace dos años; y ¿quién, en el estado en que se encuentra el país, puede asegurar lo que pasará dentro de tres, cuatro ó seis años? Estamos en el día con las corrientes anárquicas. Unos escriben sobre el principio de autoridad, otros sobre la democracia, otros sobre la aristocracia; todos son comentarios, todas son glorias; cada uno propone su sistema, pero nadie toma a la sociedad tal cual ella está. Yo, que tengo mis principios fundados en los libros viejos, creo que no ha de hacer el gobierno lo que debiere, sino lo que puede hacer. Yo escucho con mucho placer a todos los que saben más que yo, pero veo que cada uno cree tener en su mano el porvenir del mundo entero, disponiendo de él como si estuviera jugando a las damas ó al ajedrez. Pero sucede un fenómeno político extraordinario, dependiente del Estado de Europa, que no se sabe a dónde nos lleva ni lo que la Providencia nos depara. Partiendo de este principio, yo rogaria a los señores ministros, que para no exponernos a contingencias de este género, tuvieran a bien retirar el proyecto que se discute.

El Sr. ALCALA Galiano: El Senado habrá notado la situación particular en que se encuentra la comisión. Quizá no haya habido ejemplo en que una comisión haya dejado de hacer uso de la palabra, y mucho menos en cuestiones de tanta importancia, de tanta magnitud como la que hoy está sometida al juicio del Senado. Verdad es que en los últimos momentos, ó mejor dicho, en medio de la discusión sobre la totalidad del proyecto, yo hablé de la palabra; pero no la usé, sino que hablé de reservarme para otro día; y si ayer por efecto de una inmovilidad respiré no así, individuos tenía la comisión, tan hábiles, ó más que yo, que podían sostener su dictamen; pero en la largueza de los días

caracteriza, quisieron que de otros bancos saliese la defensa.

Mi amigo particular el señor Heros (y quisiera poder llamarle mi amigo político), reproduciendo razones de otro amigo mío particular, y que siento también no lo sea político, el señor Sánchez, ha impugnado, no solo el artículo, sino el principio mismo, la base, por decirlo así, en que la comisión apoya su dictamen, conforme con el del gobierno. Pues bien, señores, me gusta este reto. Deseo que se opongan principios a principios, banderas a banderas, para así poderlos sostener contra toda clase de ataques; no porque llevo mucho en el uso de mis débiles fuerzas, sino porque la fe que me anima en la bondad de mis principios me dará aliento; siendo es la principios tan sanos, tan verdaderos, que deban triunfar de todas las impugnaciones que se hagan, siquiera sean defendidos por labios tan débiles como los que en este momento están encargados de sostenerlos.

Ha empezado esta discusión por la profesión de fé de dos señores senadores, que tienen la fortuna de haber sido y ser consecuentes; y en ellos se alza ó hermana con esa prenda de consecuencia, que parece no poder fácilmente hermanarse, que es la de ser esos señores progresistas. En verdad que si se buscara una imagen de esa consecuencia, de esa firmeza de principios que hacen alarde, si para ello se fuera a usar el medio de los geroglíficos, el que conveniera al caso sería un carro parado ó atascado, carro que en verdad no es así, pero tan poco adelantado ni a paso; ó bien podría escogerse una roca que fuera emblema de fuerza para resistir los embates de las tempestades, roca que nunca oscila, que siempre está fija, pero que tampoco se mueve.

Se han dirigido ataques contra este pobre individuo, y no debe extrañarse que el antiguo orador de la Fontana defendiendo hoy principios aristocráticos, citando lo que dijo en otra época tratándose de la senaduría hereditaria; añadiendo de paso al señor Heros, que en 1833 estábamos conformes en juzgar el objeto a donde se dirigía la Cámara, encontrándonos, como nos encontramos, entre la revolución y un poder absoluto apoyado en la democracia, en lo más íntimo de la plebe.

Entonces seguía yo la doctrina de Benjamin Constant, hablando de la patria francesa, y dije: (S. S. leyó). Mas ¿por qué me opuse a esa institución? Por no considerarla oportuna. ¿Lo es hoy? Esto no incumbe a la comisión apreciarlo. El gobierno es el que reune los datos para resolver esa oportunidad, y suya será la gloria, como la responsabilidad de la reforma. Yo presumo que tendrá buena fortuna; pero si, como algunos temen, se embruteciera el mar y nos envuelve a él en el común naufragio, no será la culpa de los que lancemos al agua la nave en tiempos poco benéficos, sino de las circunstancias en que la Europa se encuentra, porque todo esto está variando. Pero cabalmente porque todo está cambiando, es por lo que queremos sentar un principio firme, que dé seguridad y firmeza a la sociedad.

Dacia yo además: (S. S. leyó). Esto era en 1814, y estamos en 1857. ¿Han sido por ventura tan bonanciosos los años que han pasado, ó tan ligera la marcha del tiempo, que no hayan dejado marcada su huella en el terreno?

Pero he oído un argumento, que se ha reproducido y tiene mucho de bueno: el de si conviene ó no ocupar a los hombres en cuestiones políticas, en vez de dedicarlos a otras de utilidad más inmediata. Mucha que hablar hay respecto a esta cuestión. No hay cosa más fatal que ese empeño con que en las sociedades modernas atienden los hombres constantemente a los negocios políticos, con preferencia a todo otro asunto. Esto trae graves inconvenientes, porque los hombres desatienden sus negocios propios, con perjuicio de sus intereses, y los vagos y ociosos toman el señorío y abusan de las turbas, pretendiendo que van a dárles derecho, cuando a lo que aspiran es al poder, y a veces a la riqueza, mientras otros se afanan defendiendo los principios morales, cuando solo aspiran a satisfacer las pobres pasiones de la naturaleza humana.

¿Pero de qué nada, señores (porque nada nace en el mundo sin un motivo), el que en medio de estar todos persuadidos de esta verdad, todos quieren ser reformadores? ¿Ha habido desde que el mundo es mundo, una época, como ha dicho muy bien el señor Heros, de mas proyectos y deseos, que la presente, en lo relativo a renovar la sociedad? ¿Qué es esta, señores? Que la sociedad se encuentra en situación del enfermo a quien se dice: «Olvídate del mal; acude a las diversiones, a los placeres; distráete; no pienses en la enfermedad, y el mal no puede hacerse, porque siente en su interior la gangrena que le devora. Lo propio sucede con la sociedad. Sanámonosnos un remedio a su dolencia: la comisión cree que lo es el que propone: vamos por eso».

Se dice que hay ahora un gran movimiento democrático en el mundo. Es cierto; pero ¿dónde va ese movimiento? Ya pasó el tiempo en que los hombres querían solamente derechos; ahora quieren algo más. El movimiento democrático existe; pero que se logre sin el principio aristocrático. La democracia es un estado extraordinariamente débil; el principio democrático era una sociedad que carece de cohesión, y fue como consecuencia natural el despotismo una sociedad que carece de principio que la a las naciones fuerza; del principio aristocrático.

Se dirá que entre nosotros es muy difícil de acilmar ese principio; y en efecto, sobre ese punto ha taído a cuento el Sr. Heros, en un eruditísimo pincuro, todas las páginas de nuestra historia, empeño en que hubo de precederle otro señor senador, que no creo sea del partido progresista, y es el Sr. Calderón Collantes. Yo no puedo entrar en esas largas discusiones históricas, ni viene a mí proponer tratar de ellas. ¿Existe entre nosotros ese elemento antiguo de una nobleza como la de Inglaterra? Claro está que no. ¿Existen algunos elementos para formarlos? Yo creo que sí, porque existen todavía nombres venerandos, y algunos medios para ir creando ese patriótico legal que hace falta a todas las naciones y que se propone en este proyecto. Si, señores, existen: poco importa que se creen de una especie nueva; lo que a mí me importa es el principio.

Se ha dicho: ¿podrá tenerse un Senado mejor que el presente? Señores, es lo que no. En este Senado están reunidos todos los hombres eminentes que tiene España; no conozco mas que una sola excepción, que es el individuo que en este momento está ocupando la atención del Senado. ¿Puede ser lo que se pretende? Fácil es contestar: introducir en él un principio, un elemento de que ahora carece.

¿Tengo presente que la comisión ha adoptado la ley tal cual la plantea el gobierno, pero que le ha de descalificar, ó aprobarla, ó bien que la modifique. No había medios suficientes para la modificación, y por lo tanto, entre aprobarla ó descalificarla, debía optar por lo primero, pues hubiera sido uno de los errores mas insignificantes en hombres políticos, el no hacerlo así, dando lugar a los gravísimos inconvenientes que podían seguirse obrando de otro modo.

La comisión creyó desde luego que el principio era bueno, y que lo eran también los pormenores, pues aun cuando pudieran ser mejores, lo mejor es enemigo de lo bueno. Se hace contra este principio de la perpetuidad de la herencia un argumento bastante usado, consistente en decir que de un hombre sabio suele nacer un hombre necio. ¿Cómo si la índole de este cuerpo exigiera que sea una reunión de sabios! No, señores, no es esa su índole, porque aquí no se han de confeccionar las leyes; lo que ha de estar representado aquí es la sociedad; ¿y cómo? Por medio de la grandeza hereditaria.

Pero se dice: ¿cómo va a remanecer ahora la antigüedad del nacimiento, cosa tan ridícula y tan caída de moda? Y yo digo a mí vez: ¿no profesáis todos el debido respeto a la memoria de vuestros padres? Cuando un niño infeliz gemía prisionero en la corte de Austria; cuando ese niño no manifestaba al menor sintoma de lo que podría ser, de las facultades que le atribuía el fanatismo de sus partidarios, ¿no que consistía el respeto que todos le profesaban? ¿No era debido a reflejar en él la gloria de su padre? Y la patria, ese ente moral, ¿no tiene también sus glorias? No somos nosotros los que conquistamos la América, ni los que venimos en Lepanto; somos sus descendientes; y sin embargo, esa gloria la hacemos nuestra, y con ella nos envanece; y yo por mi parte, señores, haciendo personal esta cuestión, mas me glorío con los héroes hechos de mi padre, que con los que podían distinguirme en

mi carrera. Se afectan despreciar hoy esas ideas, y jamás ha habido mas escudos, ni mas títulos, ni mas armas, hasta en las tarjetas de visita. Esta es la sociedad.

Después de la aristocracia de la sangre, viene, señores, la del dinero. ¿Cómo no dar entrada en este cuerpo a esta nueva aristocracia? ¿Pues qué, el hombre que con su industria, por medio de su laboriosidad y trabajo allega riquezas; no es digno de ocupar un asiento en esta cámara? Siempre se ha afectado grande desprecio de las riquezas por aquellos que las tienen; pero el hecho es que al hombre de dinero se le tienen consideraciones muy superiores a las que se tributan al que, adornado de otras eminentes cualidades, carece de esa.

Entretanto, hay medios de averiguar fácilmente esas dos aristocracias, la del dinero y la de la sangre; pero ¿y la tercera? la del talento y la virtud, ¿cómo se averigua? ¿cómo se conoce, a través de la máscara que viste las malas pasiones? Esta es sin duda la que debe ser preferida; y combinadas las tres aristocracias, pueden dar resultados muy satisfactorios. Por lo demás, cuando la dignidad de senador sea hereditaria, será el patriado mas codiciado.

Resta tratar del punto que mas escándalo ha causado de las vinculaciones. Señores, ¿en qué tiempos estamos? Se dice que los mayorazgos, tales como están constituidos, son un mal, pero quién trata de restablecerlos bajo las mismas condiciones? En eso estaría el mal: en restablecer las cosas como no pueden existir.

Si mira a los mayorazgos bajo el solo punto de vista de los principios económicos, y debo decir que no deben examinarse en ese sentido exclusivo. Las instituciones deben mirarse bajo varios aspectos. Los mayorazgos serán quizás un pequeño mal; ¿pero no está compensado con el inmenso beneficio de crear una clase que rodee al trono y se interese en la suerte del Estado?

No temamos, señores, que porque esta clase rodee al trono vaya a ser la despreciadora de la libertad. La nobleza española quiere al pueblo; está siempre dispuesta a defender los derechos populares.

Hay un tercer punto sobre los mayorazgos, y es el de la oportunidad. Muchos abogan por ellos, que sean inmortales; pero para evitarlo están las leyes y el espíritu público; la opinión, que cuando es verdadera, vale mucho.

Para concluir, señores senadores, ¿de qué tratamos aquí? De robustecer el principio de autoridad, medida, cuya adopción es de urgencia.

Convenidos debemos estar todos de que no es el principio aristocrático el que amenaza a la sociedad. El peligro que indudablemente nos amaga a todos, y la *kakistocracia*, palabra que me permito usar, y significa el gobierno de los malos. Es el gran peligro que amenaza a la sociedad. Debemos, pues, prevenir ese mal. Si lo que hoy hacemos es poco, al menos estamos en el buen camino.

Esta satisfacción no podrá negarse ni al gobierno ni a la comisión. He dicho.

El señor de duque SAN MIGUEL: En mal hora me toca usar de la palabra, cuando el Senado acaba de oír al principio de la elocuencia; pero es tal la confianza que tengo en la razón que me asiste, que me atrevo a arrostrar el disgusto con que acaso me dirá, diciendo con franqueza lo que creo.

El artículo que combatí no ha sido defendido por el señor Galiano (S. S. leyó). Ha tenido muy someramente. No entró yo en contestaciones sobre las diferentes constituciones que hemos tenido; buenas hubieran sido si se hubieran observado; los vicios no han estado en las constituciones, sino en los hombres. ¿Se cree acaso con la reforma que se propone se corregirán esos vicios? Señores, hay cosas que ofenden hasta a la razón.

Dice el señor marqués de Miraflores, y repitió el señor ministro de la Gobernación, que la Constitución de 1812 dejó el año 14 por ser demasiado democrática. No, cayó por ser una obra de reforma; y como en ella se corrían los abusos, los que se aprovechaban de ellos la combatieron y excitaban la animadversión del pueblo contra sus autores, presentando su obra en pugna con la religión y el trono. Lo mismo hubiera caído la Constitución del 45, puesto que era una reforma de lo existente antes de aquella época. Y en apoyo de mi opinión, citaré la del conde de Toreno, que no puede ser sospechosa a este país.

Paso a la cuestión que nos ocupa. La reforma que se propone, al restituir las necesidades públicas, está de acuerdo con la opinión; yo acepto las reformas necesarias, pero no las que la necesidad no justifica. Yo pregunto: ¿será más libre, tendrá mas prestigio el Senado español con la reforma que se propone? ¿Qué funciones mas augustas puede ejercer que las que ejerce? Si no tuviera el respeto y el prestigio que debe tener para con los pueblos, la culpa sería suya; no de su organización; ¿y se quiere aumentar su prestigio variando la procedencia de algunos de sus miembros? Hoy la corona nombra todos los senadores; la ley dice al gobernador: ahí tienes obispos, arzobispos, generales, grandes de España, etc.: la corona elige; de puertas adentro todos los elegidos son iguales; no son mas que senadores.

¿Conseguirá el Senado mayor prestigio porque vengan unos cuantos senadores que no tengan la procedencia de los demás, que no sean nombrados por la corona? Lo que se hace con eso es paralizar las facultades de la corona, puesto que teniendo ese derecho absoluto por la constitución de 1845, se limita por la reforma a que solo pueda nombrar las tres cuartas partes de senadores.

Hay senadores natos y senadores hereditarios. Los natos son ocho arzobispos, y siete capitanes generales; yo no sé las fortunas de los grandes de España, ignoro cuántos querrán y podrán serlo; pero creo que llega a quince, según me han dicho, y se aumenta, señores, el prestigio del Senado, porque quince de sus individuos varían de procedencia; ¿cómo puede concebirse que se enaltece un cuerpo colegiado, porque ciertos individuos tengan una particularidad de que carezcan los otros?

Al contrario, en lugar de enaltecerse, se crean discordias, envidias, humillaciones, que no existían de otro modo: en lugar de enaltecer al Senado, se tendrá un Senado heterogéneo, y será una cosa de que nadie pueda darse razón.

Voy a recorrer las dos categorías que constituyen diferencias en el Senado. Clases natos, arzobispos y capitanes generales. El arzobispo, aunque con una categoría mayor que la del obispo, ejerce, en mi concepto, las mismas funciones, sin mas diferencia que la de llamarse el uno metropolitano y el otro sufragáneo, y la de tener este cierta subordinación relativamente al primero.

Esta subordinación que existe entre las clases de la sociedad donde hay aristocracia, es necesaria; y siéndolo, ¿porqué añadirles una cosa que no tiene que ver con su dignidad? Un capitán general manda en el orden militar a un teniente general; ¿por qué se ha de añadir a aquel un derecho político, cuando nada tiene que ver el rango militar con el cargo de legislador? Lo mismo digo de los obispos y arzobispos.

Voy a ocuparme de los senadores de herencia, y aquí es preciso que diga algo de lo que se llama aristocracia. Señores, en la sociedad es inevitable que unos sean mas ricos, mas valientes, mas hábiles que otros. Yo respeto al rico que debe la riqueza a la industria, al hombre que escribe con talento, y al que arrebató con su palabra.

Respeto también la aristocracia, pero como cosa de hecho; no porque se consigne en las leyes, que hoy no la reconocen derechos especiales, porque no hay nada que pueda dar a uno las cualidades que se necesitan para elevar su nombre a la altura a que debe estar colocado para que le consideren los demás.

La aristocracia en los tiempos antiguos se formó de los varones que acompañaban a los reyes en sus conquistas, después de las cuales se repartían el territorio conquistado, en el que mandaban por derecho propio como en un pequeño reino, y natural era que dejaran esos derechos a sus hijos; pero hoy no nos hallamos en el mismo caso.

Terminado hoy el poder y el privilegio de los grandes, como tales grandes, no son hoy cuerpo del estado político; pero a pesar de haber perdido ese privilegio y esa importancia, son mas respetados y mas estimados en el día. ¿Por qué? Porque hay que les presta grandes servicios al Estado en todas las carreras: los hay en el Senado, en el Congreso, en la diplomacia, en el ejército, en fin, en todas las carreras.

Pues si hoy son mas apreciados que antes, cuando nadie, por otra parte reclama el establecimiento de ese principio aristocrático, ¿por qué se intenta llevar a cabo el anacronismo que se pretende? Además de esa medida, de ese derecho solo podrían, repito, aprovecharse seis, ocho ó diez grandes, porque los opulentos señores de otros tiempos ya no existen, y los grandes actuales no se hallan en disposición de vincular. De modo que a los muchos inconvenientes que tiene lo que se nos propone, y que se han manifestado, se añade el de escalar rivalidades entre los mismos grandes, y el de arrastrar el amor propio de algunos de ellos.

Por otra parte, ¿quién puede responder de que el establecer hoy esas vinculaciones de 200,000 reales no será abrir el camino para que otro día se diga que sean de 50,000, y luego de 25,000, y de que no llegaremos de ese modo a los mayorazgos de mi país, donde los había de 100 ducados de renta?

Yo ruego al Senado que mire bien lo que hace antes de adoptar ese sistema fatal de mayorazgos. Concluyo diciendo que este artículo nada reforma, pues no enaltece a las clases que se quiere privilegiar; y por lo mismo pide al Senado que lo deseché.

El Sr. ARRAZOLA: Señores, en el presente debate sucede una cosa singular. En otros, la comisión se halla sola; en este, la comisión está solicitada por algunos señores senadores que quieren tomar parte en la discusión. Hoy, hasta en la prensa se censura a la comisión porque calla; de otro modo, si consumiese los turnos, se la llamaría tirano.

La comisión no ha dado un dictamen vacilante; ha aprobado el proyecto en su conciencia. Pero este dictamen tiene artículos, y a ellos hay doce enmiendas presentadas. A la comisión la queda tiempo para emplear sus esfuerzos. Por consiguiente, después de esta explicación y pudiendo por esta vez ser deferente, cedo la palabra al señor Esteban Calderón.

El Sr. ESTEBAN CALDERÓN: Señores, doy gracias a la comisión por la deferencia que ha tenido, y sentiría ser arrebatado por haber confiado a mi persona la defensa de ese dictamen. Puedo asegurar que me había propuesto no tomar la palabra; pero al oír ciertas palabras pronunciadas por el señor Heros, sin saber cómo, la pedí, y el señor Arrazola ha tenido la bondad de cedérmela, acaso corriendo gran riesgo en que la defensa no sea conveniente a la importancia de la causa.

Los argumentos del señor Heros son para mí de mucha importancia, tanto por las circunstancias que en él concurren, como por lo versado que se halla en estas materias. Además, le profeso un singular respeto y afecto, porque en época y en causa, me atreví a haberle ciertas observaciones; y cuando estaba yo dando mi maledita para reunirme al ejército, y creyendo que mis observaciones no se ajustaban al programa del gobierno, recibí una carta llena de cortesía y de la mayor satisfacción. Por eso me parecen de mucha importancia las observaciones que ha hecho, aun cuando algunas las creo que son hijas solo de la improvisación, y es lo que me ha hecho tomar la palabra.

Dijo a entender S. S. que el derecho hereditario fué posterior a los tiempos de Pelayo. Yo profeso la opinión contraria. El derecho hereditario, en nuestro país, data desde Pelayo, y a este le sucedió D. Favila, quien lo mejor que hizo fue el ser muerto por un oso, porque su ignorancia para gobernar, no siendo ya electiva la corona, hubiera causado grandes males al estado nacional. Todo el mundo sabe que los godos se dividieron en ostrogodos, que tomaron asiento en Italia, quedando aquí los visigodos. Pero este parentesco era tal y tan estrecho, que hubo reyes, como Teodorico, que tanto reinaron aquí como en Italia; así es que vemos llamar al trono Alamsunta a la hija de Teodorico, y no solo reino, sino que adquirió por eso medio la corona para su hijo Teodato. Siendo esto tan cierto, que Montesequín, para explicar la ley sálica, se apoya en esa parte de la historia, para demostrar el derecho y ley que traría que observaban los godos. Por consiguiente, ¿cómo se puede negar que el derecho hereditario viene desde el fundamento de la monarquía de Asturias? Entre los godos de España era electiva la corona, pero no era una ley inflexible. En España tenían los godos que estar combatiendo con los silingos, vándalos y romanos, y era necesario que el que estuviese a la cabeza de la nacionalidad fuera guerrero. Esto en cuanto al derecho hereditario.

Por lo tanto, los fundamentos aludidos por el señor Heros para demostrar que no existía el derecho hereditario, citando a Alonso I en Aragón, que dejó la corona a los caballeros del Temple, que dice «reyes que disponían de la corona como si fuera patrimonio suyo, entre sus hijos ó estráños, en vez de probar lo que desea, es un argumento *contraproducente*.

Porque la costumbre era que al morir el rey transmitiera su autoridad real y reino heredado al primogénito, repartiendo entre los demás hijos lo que había conquistado como si fuesen gitanos. Esto prueba que se consideraban como legítimos poseedores de la autoridad suprema, y que sus hijos le sucedían por derecho hereditario.

También voy a hacermos cargo de otras observaciones, estando conforme con lo que me dijo el señor San Miguel, relativa a la admisión en el Senado de los condes y marqueses, lo mismo que a los grandes. Todos ellos de mi antiguo vicio disfrutaban el derecho de asistir al rey en los grandes negocios del Estado, así como el de cubrirse ante su real persona. Pero vino la casa de Austria, y como allí había un especie de servilismo ó deferencia que se avenía mal con la altivez castellana, cuando los ricos-hombres de Castilla vieron a los alemanes con la cabeza descubierta ante Felipe I, limitaron en esto.

Pues bien; otros nobles españoles, llevando a mal aquella debilidad, dejaron la corte y se fueron: ¿quién? A don Fernando V, que se burlaba con ellos de las deferencias que los otros nobles tenían delante de Felipe I. Muere este, y aquellos que le habían precedido con debilidad de cortosanos, volvieron a rendirle homenaje al rey don Fernando, perdonándose este y volvieron a recibirlos a la usanza española. Carlos V, que fue a coronarse a Alemania, llevó consigo muchos grandes, que alternando con los grandes electores del imperio, eran censurados por su altivez, y entonces el emperador los hizo presente, con la benevolencia que le era natural para con los españoles, el mal efecto que esto causaba entre príncipes soberanos, a lo que contestaron: «Si esto ha de ser para mayor gloria de V. M., nos descombraremos».

El Sr. PRESIDENTE: Siento tener que interrumpir a S. S.; pero han pasado las horas de reglamento, y mañana podrá S. S. continuar. El Senado se reunirá en sesiones a primera hora, para nombrar la comisión que ha de dar dictamen acerca del proyecto remitido por el Congreso de los diputados, sobre la ley del abono de los once años, continuando después la discusión pendiente.

Se levanta la sesión.

Eran las cinco y cuarto.

CONGRESO.

VICE PRESIDENCIA DEL SEÑOR MAQUIEIRA.

Extracto de la sesión celebrada el día 18 de junio de 1857.

Abierta a las dos menos cuarto, se leyó el acta de la anterior.

El Sr. GONZÁLEZ SERRANO: En el acta aparece que el señor Tejedo contestó ayer al señor Ordoño, como de la comisión. Es un error: no contestó como de la comisión; pidió la palabra en pro, y según aparece en el *Diario de las sesiones*, lo que hablo fué en contra.

El Sr. TEJEDO: Pido la palabra para rectificar.

El Sr. BELDA: Si enmendará ese error.

El Sr. MEMBRADO: Pido que la votación del acta sea nominal.

Apoyada esta petición por competente número, se procedió a la votación nominal y resultó aprobada el acta por los señores siguientes:

Barzanallana (D. José).—Belda.—Boulogni.—Suares Inclán.—Moyano.—Ferreira.—Navarro Villola.—Barón.—Duque de Alba.—Membrado.—González Serrano.—Gobernador (D. Ramón).—Escudero y Azara.—Flores.—Bilbao.—Romero Toró.—María.—Margar.—Méndez Villaverde.—Lasaola (D. Manuel).—Lasaola de Yéga.—Urrutia.—Conde de Vistahermosa.—Alonso.

—Arizón.—Ezequiel.—García Viniegra.—Martínez y Peris.—Madramany.—Borrego.—Carrias.—Mere.—Arquaitan.—Cavero.—Flores.—Calderón.—Illas.—Olona.—Ramírez Arce.—Cárdenas.—Sánchez Ocaña.—Lopez Serrano.—Núñez Arenas.—Calderón.—Marqués de Oveiro.—Alarany.—Conde de Pastagua.—Casanova.—Fages.—Moyano Sánchez.—Conde de Padilla.—Berran.—Vazquez.—Martínez Durango.—Coronado.—Santa Olalla.—Tejado.—Marqués de San Carlos.—Casado.—Tobar Pérez.—Conde de San Juan.—Echevarría.—Fuentes.—Falcas.—Barbón.—Villalobos.—Gili.—Cuadrillero.—Balmaceda.—Clavé.—Alós.—Arias.—Barón de Cortés.—Sanjurjo.—Díaz.—Lopez Ballesteros (D. Rafael).—García Maciela.—Gutiérrez.—Enriquez Valdés.—Quirós.—Quintanilla.—Ordoño.—Vicéns.—Macip y Vich.—Herreros.—Marín Barnevo.—Vazquez Parga.—Castilla.—Gómez Inganzoga.—Polo.—Bermudez de Castro (D. Manuel).—Aguiló.—Verdugo.—Pino.—Luengo.—Borras.—Osma.—Posada Herrera.—Señor vice-presidente Maquieira.—Total, 97.

Se concedió licencia para dos meses a los señores Martínez Durango, Gil Osorio, Borrás, Osma, Clavé, Luengo y Mere.

Pasó a la comisión una enmienda del señor Urrutia y otros, al proyecto de bases de instrucción pública.

Ferrocarril de Tudela a Bilbao.

El señor ministro de Fomento subió a la tribuna y leyó un proyecto de ley para la subasta del camino de hierro de Tudela a Bilbao, auxiliándole con una subvención equivalente a la tercera parte del coste ó sean 275,611 rs. por kilómetro.

El Sr. PRESIDENTE: Pasará a las secciones para el nombramiento de comisión.

ORDEN DEL DIA.

Bases de instrucción pública.

Continuando la discusión de la totalidad de este proyecto, dijo:

El Sr. DIAZ: El gobierno ha contraído un mérito en la presentación de este proyecto, y no sé yo quien le escatime el elogio que merece. Pero de aquí no se sigue que yo deba opinar como él, ni que opinando en contra pueda considerarse mi discurso como de oposición. Yo estoy persuadido de que sin afear duramente al gobierno, los gobiernos que se equivocan sufren, sin necesidad de otra cosa, las consecuencias. No estoy pues, en el caso de hacer una oposición de mal género, yo que tan enemigo he sido siempre de las ideas revolucionarias.

No estoy conforme con este proyecto, porque en él no se asigna expresamente la intervención que la iglesia debe tener sobre la instrucción pública. El estar consignada esta intervención en el Concordato, era motivo suficiente para haberla consignado en este proyecto. Pero prescindiendo de esto, yo preguntaría: ¿qué objeto ha podido llevarse el gobierno en esta omisión? ¿Será que tengan fuerza todavía entre nosotros esas ideas que nacieron en el siglo pasado? ¿Será que se crea que para formar buenos ciudadanos es menester separar a la iglesia de la instrucción pública? ¿Se está todavía en el error de creer que el Papa y la iglesia se oponen a la civilización, y que esta sociedad, fundada por la iglesia, no vale mas que esa decadencia antigua y clásica? Yo, señores, si estas causas no, no sé qué otras que han habido en el siglo pasado.

Cuando se dice que se trata de separarnos lo mas posible de las ideas revolucionarias, no puede menos de llamarme la atención que se transige hasta cierto punto con ellas. Yo insisto en la necesidad de que la instrucción se funde en las creencias religiosas, origen del bien de todas las sociedades. Y yo diría a los señores diputados: ¿no deseáis mas que nada que

blica. Este es el medio de impedir la propagación de las malas doctrinas.

El Sr. GOICORROTEA: Muy difícil es mi posición al hablar por vez primera; pero la justicia que asiste a la comisión me da fuerzas para sostenerla.

El señor Díaz ha hecho un discurso que es el resumen de las ideas de los señores Orobio y Tejado. Los tres son discursos de oposición; porque aunque el señor Tejado, pidió la palabra en pro. S. S. habló en contra, pues pidió la intervención del clero en el nombramiento de catedráticos, y la intervención absoluta de la Iglesia en la instrucción primaria.

Señores, confieso que aunque se me había dicho el género de oposición que tendría este proyecto, no había querido creerlo. ¿Pues qué? Hemos presentado un proyecto racionalista? O las palabras de los opositores no significan nada, o tienen una significación tan alta, que la comisión no puede menos de rechazarlas. No crea la comisión que se le harían en clase de argumentos. Creía que, dándose a esta discusión la importancia que tiene, era importancia que hizo elevar a lord Brougham que los maestros, y no el clero, serían los dueños del mundo, se presentarían aquí los diferentes sistemas. Sin embargo, nada de esto se ha hecho. La comisión introduce una novedad importante declarando la enseñanza primaria obligatoria, y sobre esta nada se ha dicho.

Dice el señor Díaz, y dirán los demás que han impugnado el proyecto, que su sistema es el católico. Yo contestaré, que todos somos aquí católicos; que dentro del catolicismo hay diferentes sistemas católicos; por último, que la comisión no podía en las bases consignar lo que consigna en el preámbulo.

Que nosotros somos católicos, y católicos viejos, no hay quien lo dude. No somos neo-católicos, somos tan católicos unos como otros. Yo no temo que se haga un arma de partido de la cuestión religiosa. En una nación donde la unidad católica está en la Constitución del Estado, y además está esculpida en todos los corazones, no se pueden traer las creencias al campo de las discusiones políticas.

Nada han dicho, por lo demás, los señores impugnadores, que no nos haga creer que el proyecto es inmejorable.

Como la enseñanza primera es tan importante como la secundaria, ha desechado la comisión la palabra primaria, que no desprecia bien su idea.

Dice el señor Díaz que el gobierno guarda silencio sobre la instrucción superior. Nosotros decimos explícitamente que no debe hacerse alteración en el estado actual, si bien no se renuncia a hacer mejoras legislativas.

La cuestión de las universidades no es objeto de las bases; y que salgan muchos hombres de carrera, lejos de considerarlo como un mal, es para nosotros un bien. Pero lo que me ha llamado la atención en el discurso del señor Díaz, es la impugnación de la inamovilidad del profesorado.

Dice S. S., ¿qué correctivo hay contra la predicción de las malas doctrinas? La formación de causa, y en caso urgente, el expediente gubernativo. Dice S. S. no están vigilados. Lo están, mucho más que la magistratura.

En cuanto a la libertad de enseñanza, la comisión ni la ha nombrado siquiera.

Supongo que S. S., al hablar de los detractores de los seminarios, no habrá querido referirse a la comisión, que tampoco los ha nombrado. Pero dice S. S., ¿quiere la comisión negar al clero la alta vigilancia que le corresponde? No; lo que cree es que no puede decirse en una base: «Se reconoce al clero el derecho de inspección.» Eso está consignado en los cánones; sobre eso no hay duda.

Se ha hablado del derecho de censurar libros. Señores, la Iglesia tiene el derecho de censurar cuantos libros salgan a luz; y en la Iglesia de España, donde no hay perros mudos, no se dejará pasar la ocasión de censurar cuantos libros malos se publiquen. Cuando un prelado censura un libro, la comisión cree que no podrá dudar del escándalo, mientras así admita el catolicismo como religión del Estado, de que ese libro se sienta como un testigo.

Se preámbulo que cree S. S. que no vale nada, significa mucho; porque en él están consignados los principios que han guiado para la redacción de estas bases, y va a pasar al gobierno para que con ellas le sirva de punto al hacer la ley.

Creo haber contestado a todas las objeciones que se han hecho.

El Sr. DIAZ: Yo he hecho salvadores al empezar mi discurso: si no sirven, no lo puedo remediar. He dicho que la intervención de la Iglesia se consigna vergonzosamente en el preámbulo, porque no se pone a la vista en las bases.

Yo no he impugnado todas las partes del sistema, porque no estoy en oposición con todas.

El Sr. TEJADO: El discurso del señor Goicorrotea, ha consignado las creencias católicas de la comisión: por eso tomé ayer la palabra en pro. Yo no hice ayer más que presentar el contraste de la Iglesia y el racionalismo, defendiendo a la primera y atacando a la revolución.

Las ideas que espuse ayer, eran opiniones y deseos de que no hice responsable a nadie, y por eso no pueden ser de oposición a nadie. Lo único que dije fue, que desaba que el principio consignado en el preámbulo, pasara a las bases.

Lo que he reclamado para la Iglesia, es la intervención en la designación de testigos. Dentro del catolicismo hay escuelas; la Iglesia tiene más confianza en cierta clase de doctrinas, que otras; y yo quiero que se le dé la facultad de designar los libros que mejores y más ortodoxos crea.

Yo he iniciado en este debate la cuestión religiosa, el señor Goicorrotea me ha hecho un cargo por ello. Señores hay dos males en esto: uno, el hablar de religión cuando no hay necesidad; otro, dejar de hablar cuando es preciso. El espíritu de esta ley es el principio religioso. ¿Y por qué temer hablar de religión los que son religiosos? Yo, al defender la religión en este proyecto, vengo indirectamente a hacer una protesta contra lo que ha pasado estos dos años, y lo que con razón se llamó la herejía invariable.

El Sr. OROBIO: Siendo muchas varias alusiones que se nos han dirigido, pensé que serían contestadas por los señores que iban a levantarse, pero S. S. se han olvidado de un cargo grave. Ha dicho el señor Goicorrotea que se traían las cuestiones religiosas como arma de partido.

El Sr. GOICORROTEA: No he dicho eso: he dicho que no tenía que se trajesen, que no tenía que se hiciera de la religión un arma de partido.

El Sr. OROBIO: Como habían sido dichas esas palabras con ocasión de nuestros discursos, me levantaba a decir que ni en esta, ni en otra cuestión, he traído ni pienso traer la religión como arma de partido. Todos somos monárquico-religiosos, y no puede hacerse de la religión un partido que escluya a los demás españoles.

El Sr. CANGA ARGÜELLES: Empezaré haciendo una protesta indispensable. Apenas se había abierto esta cámara, cuando un diputado me dirigió una alusión, que hubiera querido contestar si el reglamento me lo hubiese permitido, porque entonces convenía declarar, como declaro ahora, que los que militamos bajo la bandera católica y monárquica, no formamos un partido. No venimos a disputar el mando; venimos a apoyar a todo gobierno que quiera combatir al enemigo común, la anarquía. El diario que dirijo tiene el siguiente lema: *Católicos antes que políticos; políticos en tanto que la política conduzca al triunfo práctico del catolicismo.*

No soy, pues, un enemigo vuestro; y conociéndonos ya, vamos a entrar en la cuestión.

Ayer dijo el señor Tejado la verdad, Os dijo: «Urge pensar en vencer a la revolución hoy más que nunca.» Es asunto este que tiene en suspenso los ánimos, porque la revolución amenaza los tronos, los linderos de los campos, el reposo de las familias. ¿Qué es la revolución? Un publicista eminente os contesta. Oid, que voy a leer: «El arrancando la máscara a la revolución, preguntáis quién eres, os dirá: «Muchos hablan de mí, y pocos me conocen. Yo no soy el carbonario que conspira en medio de las sombras, ni la revolución momentánea del orden público; no soy los alaridos de los jacobinos, ni los furrores de la montaña, ni el «combate, ni el pillaje, ni el incendio, ni la guillotina; yo soy Marat, ni Robespierre, ni Babeuf, ni Mazzini, ni Kossuth. Esas cosas son mías, esos hombres son mis hijos; pero no son esas cosas ni esos hombres.

Ellos son pesajeros, y yo soy un estado permanente; yo soy el odio a todo orden religioso y social que el hombre no haya establecido, y en que no sea rey y obispo al mismo tiempo; yo soy la proclamación de los derechos del hombre contra los derechos de Dios; yo soy la filosofía, la religión y la política de rebelión, la negación armada, en una palabra; soy la anarquía, pues soy el entronizamiento del hombre y el destronamiento de Dios. ¿Ved aquí por qué me llamo revolucionario; es decir trastorno, pues pongo arriba lo que debe estar abajo, y abajo lo que debe estar arriba.»

«No sentís, señores, toda la verdad que encierra esta declaración admirable? Y para comprobar su exactitud, veamos la situación de España hace pocos meses. ¿Qué era de nuestros mas caros intereses? Una discusión desdentada ponía en cuestión el trono de San Fernando.

Tres solos votos decidieron de la unidad religiosa. Aquí se movían diariamente las lenguas de la impudencia; uno, llamaba tribunal de iniquidad al tribunal de la penitencia; otro, llamaba fucosios a los prelados; y el Congreso, que recibía con aprecio un escrito herético contra la Madre de Dios, no acertaba a escuchar con paciencia la palabra católica, siempre inspirada, siempre sincera, del inolvidable D. Tomás Jaén.

Recordad que la revolución marchaba vencedora; y su triunfo hubiera sido seguro, si no hubiera venido a atajarla la reacción que produjeron en los ánimos las escenas vandálicas de Valladolid, Ríoseco y Palencia.

Referiré un ejemplo que os probará hasta qué punto había progresado la revolución. Se escribía entonces un periódico, *La Democracia*, el cual llegó a decir que no había mas Dios que la razón. Nosotros reclamamos del gobierno el correctivo necesario a tamaña blasfemia, y aquel gobierno, y esto es lo grave, no dio oídos a nuestras reclamaciones. Entonces, cumpliendo con mi deber, hice un llamamiento al país, y el país respondió enviando firmas con que se honró mi modesto diario. Hay más; el jurado absoltó a *La Democracia*, y una protesta de fé católica inserta en *La Regeneración*, fue por el mismo jurado condenada.

La revolución obraba, pues, a la luz del día, y el gobierno era su auxiliar mas poderoso. España, en ese funesto bienio, cogió lo que en años anteriores se había sembrado, porque antes de pervertirse la voluntad, que es la que obra, es necesario que se haya pervertido el entendimiento, que es lo que piensa. ¿Se habían dado en las constituyentes leyes contra la Iglesia, si aquellos hombres no hubiesen leído en malos libros y estudiado en malas escuelas?

«Puede ser que se haya querido ver una medida de economía en la admisión de sacerdotes en las escuelas; pero yo prefería arruinar el tesoro, a abandonar los intereses de la república.» Esto decía un constituyente francés. Señores, la ley es mala si los principios de que parte son aceptados por los revolucionarios. ¿No se apoya en el catolicismo? Entonces, legislación abominable. ¿Se apoya en la verdad inmutable y eterna del catolicismo? Entonces podemos esperar tranquilos en la victoria.

Ahora bien, ¿conoceis este proyecto que discutimos? ¿Os satisface? Un proyecto de esta clase que sale de las manos de sus autores sin decir una palabra para la Iglesia no puede satisfacerlos. Por eso le combatí, y os ruego que le combatáis.

El principio del razonamiento de la ley, es exacto: la necesidad de dictar reglas fijas para la instrucción. Pero las consecuencias tienden a dar carácter de ley a la arbitrariedad que hasta ahora ha existido. El espíritu del proyecto, es el siguiente: monopolio universitario, dictadura del ministro, abstracción de principios religiosos, olvido absoluto de la parte principal de la enseñanza, que es la educación, dictadura del gobierno en los libros de texto, olvido notable de las corporaciones enseñantes, es decir, de los institutos religiosos, de los jesuitas que deben venir a enseñar, y que los capitanes generales de Cuba han pedido con instancia. La revolución cerró la casa de Loyola contra las reclamaciones del pueblo, y no podían darse. Hay, pues, omisión de esos institutos religiosos.

También hay un olvido de la enseñanza eclesiástica, y al profesorado no se puede entrar sino por los estudios escolásticos. ¿Cómo se mejoraría este proyecto? Atendiendo a la educación religiosa y moral; dando intervención a los obispos en las universidades; patrocinando la introducción y fomento de los institutos religiosos; no admitiéndolos como libros de texto, los prohibidos por la Iglesia. (Libros hay, señores, en la universidad central, reprobados expresamente por la Iglesia; libros hay en esa universidad, escritos por personas que no pueden ser sino muy sospechosas para la Iglesia.)

No basta decirnos que esta ley es para un partido que es católico. Sin embargo, se permite en la enseñanza cosas que causan verdadero escándalo.

Queremos también que se reforme el consejo de instrucción pública, dando en él cabida al clero.

¿Por qué la comisión no ha querido, cuando menos, hacer esto?

Quiero también que se reforme el sistema de oposiciones, y que la instrucción primaria esté a cargo de eclesiásticos, y no haré en este punto más que recordar las palabras del señor Tejado en el día de ayer.

Solo así podría yo votar el proyecto; de otro modo consignadas quedan mis aspiraciones como protesta, contra una ley que da unas facultades amplias al ministro para hacer un plan de instrucción como le convenga, que podrá remachar las cadenas con que las universidades están aherrojadas a la Iglesia.

Esta cuestión es la cuestión máxima que rompe las tradiciones de lo pasado, que encadena lo presente e inicia el germen de lo porvenir. Por eso confío en que mi voz hallará eco, sino ahora, cuando la revolución vuelve a rugir sobre nuestras cabezas y sobre de nuevas y su obra en los incendios de Castilla. Entonces será demasiado tarde, y esto que ahora es un aviso sincero, se convertirá en una acusación terrible.

El Sr. GONZÁLEZ SERRANO: Señores, decidido estaba a no tomar la palabra en la presente legislatura, porque cuando se ha luchado con los elementos revolucionarios defendiendo las buenas doctrinas, es muy justo que descanse los hombres que combatieron los peligros. He oído con mucho sentimiento los discursos que aquí se han pronunciado, porque es bien triste la situación de los partidos medios que tienen siempre que combatir a los partidos extremos. Yo he dicho en la comisión, y digo ahora, que sentía mucho esta discusión, porque nos podría llevar a un terreno resbaladizo que tenga consecuencias deplorables; y para evitar esto ha hecho la comisión que hablara un joven de ideas bellísimas para oponer sus ideas a las que profesan otros hombres. Bastaba que el señor Goicorrotea hubiera dicho que la comisión se hallaba dentro de los principios católicos, para que el señor Canga Argüelles no se hubiera elevado al orden de consideraciones que lo ha hecho.

Ha empezado S. S. su discurso diciendo que por las indicaciones del señor Polo se estaba en el caso de hacer un programa de las ideas católicas; y yo, por mi parte, debo decir que he profesado constantemente las ideas moderadas de que fui padre Jovellanos y sucesor nuestro digno presidente; y que a nombre suyo rechazo todos los principios revolucionarios que se le dan perturbando a la sociedad, incluso los que profesaban aquellos que arrastraban y maltrataban a los representantes de la nación de 1814 y 1823, y que se sublevaron contra su rey legítimo, Fernando VII, en 1827, porque tan ideas revolucionarias son esas como las otras. (Los señores Canga Argüelles y Orobio, piden la palabra.)

Señores, la verdad ante todo. La revolución se combate cuando esta fuerte y victoriosa, cuando se corre el peligro de jugar la cabeza; pero venir a nombrar con la palabra revolución a todos los hombres que amen las innovaciones racionales que se han sucedido desde 1789 acá, no es impropio, por mas que lo diga el autor que ha citado el Sr. Canga Argüelles.

Establecer el principio de que es forzoso respetar el principio de que tan revolucionarios son los que reclaman este principio, como los que llegan a introducirse en la anticámara de los reyes para destruir las instituciones nacionales, aun las mas venerandas.

Señores, la enseñanza naturalmente ha seguido el mismo curso que la civilización. En los tiempos antiguos todo lo que se sabía estaba en manos del clero, y entonces la Iglesia tenía toda la intervención de la enseñanza. ¿Pero qué clase de enseñanza se daba? Unos cuantos cánones, un poco de teología y algo de legislación romana. Después creció la civilización, se aumentaron los conocimientos, y los gobiernos tuvieron

la intervención debida en el estudio de las ciencias. En ninguno de los Concordatos se ha dado a la Iglesia la intervención que quiere darle el señor Canga Argüelles, y del plan de estudios del año 24 salieron el señor Donoso Cortés y otra porción de hombres eminentes.

Ahora, ¿qué quiere S. S., entregar completamente la instrucción al clero? ¿Y podrá hacer esto el gobierno de S. M.? El clero es siempre respetable. El día en que se pida una cantidad grande para el clero parroquial, yo apoyaré esa idea, porque así llegará a la altura que le corresponde.

Pero es particular, señores, que aquí se quida la instrucción para el clero; y se olvide a los hijos de San José Calasanz; pero no son estos los que se quiere, son otros. Pídanse que esta institución se aumente, y que los obispos y los curas párrocos ejerzan vigilancia sobre los maestros de escuela, como la ejercen hoy, y esto será otra cosa.

Si al sentar ciertas opiniones, se busca el verdadero fundamento de la sociedad, yo diré a los que así piensan, que se olviden de pedir instrucción para la mujer, que es el ser que inspira los sentimientos religiosos, y que endulza los pesares de nuestra vida. Pensemos en educar a la mujer, y tomaremos nuevos sentimientos religiosos y morales.

Pero cuando, señores, que llevando a principios estas teorías, puede entregarse esta educación a los eclesiásticos en todas sus partes, y yo creo que hay enseñanzas que no puede desempeñar una persona ecélica, porque hay enseñanzas para las que no sirven sino los que pasan por ciertas instituciones; y estas, señores, son ideas mías, y no afectan en nada a la comisión.

Al reconocer, pues, en este proyecto la in paciencia suprema del clero que ordenan los cánones y el Concordato, se ha cumplido uno de los mas altos deberes que tenía el gobierno, que no podía abandonar por completo en manos del clero, como no lo harían el señor Canga Argüelles y sus amigos si llegaran a ser gobierno; esto por lo que respecta a la instrucción primaria.

En cuanto a la superior, el señor Canga Argüelles quiere que el clero nombre los profesores; y en esta materia yo pregunto, si habría ningún profesor que se sometiera a tan dura subordinación. En materias canónicas, los eclesiásticos pueden ser competentes, y en este momento no puedo menos de defender una persona a quien ha aludido el señor Canga Argüelles. S. S. no tiene derecho para calificar sus obras, que no están prohibidas por la Iglesia. (El señor Canga Argüelles: Ya no vive.) Estimo mucho esta rectificación, pero repito que no tenemos libertad para calificar esos libros de la manera que se hace mientras no estén prohibidos por la Iglesia.

Decía, pues, señores, que no se puede dar al clero esa intervención para que nombre catedráticos de química, de física, etc., porque no conoce los libros ajenos a sus estudios, ni por la carpeta siquiera. ¿Y aun se quiere, señores, que señale el clero los libros de texto? ¿Dónde iríamos a parar? Dudo si nos detendríamos en el reinado de D. Carlos II.

Las malas ideas que se vierten en los libros, se combaten refutándolas, porque hoy que los adelantos de la industria ponen en contacto a todas las naciones, es imposible impedir que circulen.

Las revoluciones se acentúan cuando se acude a estos medios violentos y no se contienen. Las ideas Volterianas adquirieron su mayor desarrollo cuando se obligaba a los escolares a llevar traje talar y a circunscribirse a ciertas reglas, de que por desgracia se burlaban.

Entonces, a pesar de todas estas prohibiciones, leían los estudiantes las obras de Helvecio y Diderot, que hoy andan tiradas por los barullos sin que nadie las lea. Se dice que ahora se lee a Proudhon; yo no creo que ninguna persona que vista decentemente sea partidario de Proudhon.

Cuando las ideas moderadas peligros, nos encontramos juntos para defenderlas el señor Canga Argüelles y yo, como nos encontramos en los años 55 y 56; pero yo me atrevo a aconsejar a S. S., que no lance anatemas como los que hoy ha lanzado sobre una reunión de hombres españoles, y que desabon indeciblemente el bien del país; dejémos que disfruten de los beneficios que deben ser iguales para todos, y porque sino, diré de esto lo que decía el Evangelio de otra cosa: «Si hacéis eso, mañana lo veremos.»

El Sr. CANGA ARGÜELLES: No sé si por las condiciones acústicas del salón, habrá percibido bien todo lo que el señor González Serrano ha dicho; sin embargo, iré recordando los puntos que he tomado, y veré de rectificar los mas esenciales.

El Congreso habrá notado la manera con que se ha expresado el señor González Serrano siempre que ha tratado de la ilustración del clero. Yo, señores, para defender la ilustración del clero no quisiera tener a la mano mas que los artículos escritos por la prensa moderada en estos dos años, cuando juntos combatíamos la revolución; allí vería S. S. si el clero sabía. El clero, señores, no podrá menos de extrañar que a nombre del partido moderado se hayan hecho hoy retenciones acerca de su ilustración.

Ha dicho su señoría con cierta reticencia, que los hijos de San José no quieren esos hijos, sino otros; ¿cuáles? ¿Los jesuitas? Yo, señores, quiero todo lo que la Iglesia nos designa como bueno; absolutamente todo, sin excluir ese instituto, si por bueno lo tiene la Iglesia.

El Sr. González Serrano, incurriendo en alguna contradicción, nos decía: «Yo soy católico y acepto todo lo que la Iglesia católica quiere, y daré al clero una inspección altísima en la instrucción, pero nada más, ¡enseñar el clero! de ninguna manera.» Luego nos ha citado su señoría un texto del Evangelio, que dice: «Enseñad en todos los puntos.» Eso es mas que inspeccionar, eso es enseñar, ¿qué es la Iglesia mas que un cuerpo de enseñanza?

El Sr. PRESIDENTE: Ruego a su señoría que se limite a rectificar.

«Varios señores diputados: Que hable, que hable.»

El Sr. PRESIDENTE: Yo estoy aquí para hacer observar el reglamento, y este no permite otra cosa que rectificar.

(Varios señores diputados): Que hable, que se consulte al Congreso.

El Sr. POSADA HERRERA: Señor presidente, el Congreso no tiene la autoridad de derogar el reglamento por medio de una votación nominal. Yo me opongo a esta licencia. La comisión no rehuye la discusión; pero quiero ante todo la observancia del reglamento.

El Sr. CARRIQUE: Que se consulte al Congreso si permite hablar al señor Canga Argüelles.

El Sr. POSADA HERRERA: No tiene el Congreso autoridad para ello.

El Sr. PRESIDENTE: Orden, señores.

El señor conde de la PATILLA: La práctica que se ha seguido hasta ahora es que se haga la pregunta que pretende al señor Carrique.

El Sr. PRESIDENTE: La comisión pide la observancia del reglamento; y yo estoy aquí para hacerle cumplir; y a pesar de todo será observado el reglamento. (Bien, muy bien.)

El Sr. OSORIO: Señor presidente; tengo pedida la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: Orden, puede V. S. continuar, señor Canga Argüelles.

El Sr. CANGA ARGÜELLES: Es muy difícil para mí la cuestión legislativa, y para verme interrumpido a cada momento, renuncio el uso de la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. González Serrano tiene la palabra.

El Sr. GONZÁLEZ SERRANO: Solamente voy a hacerte cargo de un hecho importantísimo. El señor Canga Argüelles ha dicho que el partido moderado es un partido de mentira verdad. (El Sr. Canga Argüelles: Pido la palabra.) Ha dicho que había un partido que buscaba la verdad por la mentira, que es un partido hipócrita; y yo rechazo esta calificación.

El Sr. PRESIDENTE: El señor Canga Argüelles lo que dijo es que vacilaba el partido moderado entre la verdad y la mentira, y lo dijo haciendo una cita, por cuya razón está fuera de su lugar este cargo.

El Sr. OROBIO: Si no fueran tan graves las calificaciones que el Sr. González Serrano ha hecho de los conceptos de mi discurso, y de los que han pronunciado otros señores en un interés católico, en un interés monárquico, yo renunciaría la palabra, porque he visto hacer aquí un incidente con el mayor sentimiento.

reglamento; ya un individuo de la comisión ha pedido su estricta observancia, observancia que ya estaba acordada por el señor presidente. Yo que también he pedido que se observe el reglamento, quisiera que esta ley se tuviera siempre presente en todas las ocasiones.

Dicho esto, señores, voy a ser muy parco, porque el discurso del señor Serrano se contesta a sí mismo, porque con su ingenio y su talento ha construido dos edificios, contrapuesto el uno al otro.

S. S. ha confundido nuestras ideas y doctrinas con las de los asesinos de 1823 y los que se levantaron en 1827; yo protesto contra esto; nuestras ideas no tienen enlace con eso, no le pueden tener.

Ahora, señores, voy a decir en pocas palabras que quiero que en la instrucción superior el obispo tenga asiento en el consejo de instrucción pública, convebispo; que tenga asiento en la junta de la universidad, como obispo; porque es el maestro de la doctrina, y le debe tener, y no quiero un clérigo elegido por el gobierno.

El Sr. GONZÁLEZ SERRANO: Yo no he comparado a los señores que sustentan ciertas doctrinas, con los hombres de 1823; lo que quisiera decir fue, que la revolución estaba arriba y abajo, y que era preciso combatirla en todos los terrenos.

El señor ministro de FOMENTO: Señores, visto el género que ha tomado esta discusión, me considero en el deber de tomar parte en ella, con la parquedad y templanza necesarias, restableciendo las cosas al punto de donde nunca debieron salir.

¿De qué se ocupa el Congreso? Tanto nos hemos separado de la cuestión, que es preciso recordarlo, de examinar la totalidad de las bases sobre que se ha de fundar la ley de instrucción pública. Todos los señores que han hablado contra este proyecto han reducido sus observaciones a un solo punto que inició el señor Orobio; y el señor Canga Argüelles, mas explícito que todos, ha dicho que ataca estas bases porque no dicen nada de instrucción eclesiástica ni de la intervención que corresponde al clero en la instrucción pública.

Respecto al primer punto, era inútil consignarlo en la ley, porque está consignado en otras mas altas que la instrucción eclesiástica; corresponde exclusivamente al clero, y no debe traerse esta cuestión a la ley, porque esta debe derogarse por otras Cortes, y este principio debe estar en una ley mas fija.

De la inspección que debe tener el clero en la instrucción pública, nada se dice porque está en el ánimo de todos, y porque al consignarlo así parecería que había dejado alguna vez de tenerla cuando esto no ha sucedido.

Fundado, pues, en estas razones, suplico al Congreso que acepte en su día las bases que se someten a su deliberación.

El Sr. CANGA ARGÜELLES: El señor ministro no ha comprendido bien mi argumentación. Yo no he dicho que se tragara a este proyecto la intervención eclesiástica sino en la parte que se roza con la instrucción civil, porque bien sabe S. S. que en las universidades se enseña la teología y otras ciencias que tienen muchísimo roce con el dogma.

Declarado el punto suficientemente discutido, se leyó el art. 1.º del proyecto de ley, y una enmienda del señor Polo relativa a que los obispos tuvieran asiento en las universidades y en los consejos de instrucción pública, y el clero la intervención necesaria en esta, para que no se enseñaran doctrinas perniciosas o anticatólicas. En su apoyo, dijo:

El Sr. POLO: Señores, en la discusión de la totalidad del proyecto de ley de instrucción pública, así no se ha tratado de otra cosa, que de si debía o no verse una de las bases de ese proyecto, la debida intervención del clero en la instrucción pública. El señor ministro de Fomento acaba de indicar algunas razones para que la intervención del clero no esté marcada en ninguna base, si bien ha convenido en que era conveniente y necesaria; porque según ha dicho S. S. estaba en otras leyes mas altas que las que pueden hacer estas Cortes. ¿Pero se quita la fuerza a estas leyes porque se consigne este principio en el proyecto que discutimos? Indudablemente que no. Por el contrario, aun en la instrucción eclesiástica, si esta se consignara en el proyecto, resultaría una cosa agradable para la Iglesia, y un bien para el país.

Los señores que me han precedido en el uso de la palabra han hecho observaciones acerca de sus opiniones políticas, y yo no puedo menos de declarar aquí las mías.

He dicho el señor Canga Argüelles que no pertenecía al partido moderado, y aunque no ha dicho a cuál pertenece, ha manifestado, sin embargo, que no existía el partido monárquico-religioso; cuando S. S. dice que no existe, no existirá, porque si existiera, S. S. debía saberlo.

El señor PRESIDENTE: Señor diputado, suplico a V. S. que se contraiga a la cuestión.

El Sr. POLO: Voy a concluir inmediatamente. Dentro de la doctrina del catolicismo hay dos tendencias opuestas: una la de la intolerancia, otra la de la tolerancia. A la primera podemos llamarla la tendencia antigua; a la segunda la tendencia moderna. Yo creo que esa será la que venza en la lucha de entranbas. Y por eso ruego al Congreso que, puesto que el clero, según esta tendencia, debe tener una intervención directa en la instrucción pública, se sirva tener el honor de admitir la enmienda que he tenido el honor de presentar, y que no retire, aun cuando no haya de tener un solo voto.

El Sr. CARDENAS: Señor presidente, han pasado las horas de reglamento, y antes de empezar creo que debe consultarse al Congreso si se prorrogará la sesión.

Hecha la pregunta, y habiendo acordado que no, se suspendió la sesión.

Se leyeron y pasaron a las respectivas comisiones, un artículo adicional al proyecto de ley de instrucción pública y dos enmiendas al proyecto de ley de imprenta, firmadas por los señores Mizo, Campaamor, Carrias y otros.

Se concedió licencia al señor Esponera, y se leyó y quedó sobre la mesa el dictamen aprobando las actas de Tíjola y adhiriendo como diputado al señor Villanueva.

El Sr. PRESIDENTE: Mañana a primera hora se discutirán las actas que han quedado sobre la mesa; después continuará la discusión pendiente, y a última hora se reunirá el Congreso en sesiones.

Se levanta la sesión.

Eran las seis.

CRONICA DE PROVINCIAS.

—En Olmedillo, pueblo del partido de Roa, ha sido alterada la tranquilidad pública, a consecuencia de haberse prorumpido en voces alarmantes de: «Viva la república, muera los realistas!» disparando dos tiros, cuya detonación dió lugar a que creciera la alarma, si bien la Guardia civil y aquella autoridad local lograron contener el desorden y restablecer, en algún tanto, el sosiego público. Con tal motivo, el capitán general de Burgos ha dispuesto salga una columna para que, moviéndose constantemente entre Lerma y Aranda de Duero, vigile a los revoltosos.

—De Olleria (Valencia) nos dicen con fecha 13 que los trigeros habían mejorado muchísimo, y que si el tiempo continuaba fresco hasta la siega, la cosecha sería completa. Dicho artículo ha sufrido una baja considerable.

—El vapor de guerra inglés «Pluto», que zarpó el 9 de la Coruña, conduce de Africa para Inglaterra una serpiente de color aligado; tiene 12 pies de largo y dos de ancho. El comandante del vapor tuvo la idea galantera de hacerla venir a tierra, con el objeto de que la viese el capitán general del distrito y fué conducida a hombros de unos marineros, encerrada en una caja. El reptil tiene la cabeza y cola muy puntiagudas y lucea adornada. Habiendo sido urgido con un bastón que se introdujo por uno de los agujeros de la caja en que se encierra, no dió mas que una pequeña sacudida volviendo a su posición.

—Dice un periódico de Cádiz que la simpática Teodora Lamadrid y los actores Romea y Arjona irán en esta temporada de verano a dar representaciones en aquel teatro principal.

CRONICA GENERAL.

—Pronósticos acerca del tiempo.—Es de esperar la continuación del buen tiempo cuando se vean relampagos en el horizonte o cerca de tierra, abundan murciélagos al anochecer y se reúnan los moscerones a la misma hora.

Se anuncia el viento por ser la puesta del sol en cielo rojo, por parecer las ascuas mas encendidas quede ordinario y por agitarse la llama de las lúces.

Las nubes inmóviles del lado del viento anuncian la continuación de este; si se van a la parte opuesta señalan su caída.

Son indicios de lluvia que el sol, la luna ó las estrellas tengan cerros blanquecinos; que antes de salir el sol esté rojo el cielo, desapareciendo luego este color; que el sol palidezca cualquier hora del día, y que haga experimentar un calor sofocante; que bajen las gotas de lluvia, y que se desprenda el hollín de las chimeneas y se humedezcan la sal, el marmol, el hierro y los cristales.

Un señales de cesar la lluvia, el bajar las nubes y rodar por los campos, el sobrevenir niebla durante el agua, y el inclinarse el viento al lado de donde barre las nubes.

—Regalo.—Lord How